

# El médico de su honra

Pedro Calderón de la Barca (1600-1681)

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.

# El médico de su honra

Pedro Calderón de la Barca (1600-1681)

## Personajes

- Don GUTIERRE
- El REY don Pedro
- El infante don ENRIQUE
- Don ARIAS
- Don DIEGO
- COQUÍN, lacayo
- Doña MENCÍA de Acuña
- Doña LEONOR
- JACINTA, una esclava
- INÉS, criada
- TEODORA, criada
- LUDOVICO, sangrador
- Un VIEJO
- SOLDADOS
- MÚSICA



**Pedro Calderón de la Barca** (Madrid, 17 de enero de 1600 – íbidem, 25 de mayo de 1681) destaca como uno de los más importantes escritores, poetas y dramaturgos barrocos del Siglo de Oro español.

Cultivó todos los géneros representando su obra teatral la culminación barroca del modelo teatral creado a finales del siglo XVI y comienzos del XVII por Lope de Vega.

- **Más obras de Calderón de la Barca**
- **Biografía del autor**
- **Descarga Ebooks**

## ACTO PRIMERO

**Suena ruido de caja, y sale cayendo el infante don ENRIQUE,  
don ARIAS y don DIEGO, y algo detrás el REY don Pedro, todos de camino**

ENRIQUE: ¡Jesús mil veces!

ARIAS: ¡El cielo  
te valga!

REY: ¿Qué fue?

ARIAS: Cayó  
el caballo, y arrojó  
desde él al infante al suelo.

REY: Si las torres de Sevilla  
saluda de esa manera,  
¡nunca a Sevilla viniera,  
nunca dejara a Castilla!  
¿Enrique! ¡Hermano!

DIEGO: ¡Señor!

REY: ¿No vuelve?

ARIAS: A un tiempo ha perdido  
pulso, color y sentido.  
¡Qué desdicha!

DIEGO: ¡Qué dolor!

REY: Llegad a esa quinta bella,  
que está del camino al paso,  
don Arias, a ver si acaso  
recogido un poco en ella,  
cobra salud el infante.  
Todos os quedad aquí,  
y dadme un caballo a mí,  
que he de pasar adelante;  
que aunque este horror y mancilla  
mi rémora pudo ser,  
no me quiero detener

hasta llegar a Sevilla.  
Allá llegará la nueva  
del suceso.

**Vase el REY**

ARIAS: Esta ocasión  
de su fiera condición  
ha sido bastante prueba.  
¿Quién a un hermano dejara,  
tropezando de esta suerte  
en los brazos de la muerte?  
¡Vive Dios!

DIEGO: Calla, y repara  
en que, si oyen las paredes,  
los troncos, don Arias, ven,  
y nada nos está bien.

ARIAS: Tú, don Diego, llegar puedes  
a esa quinta; y di que aquí  
el infante mi señor  
cayó. Pero no; mejor  
será que los dos así  
le llevemos donde pueda  
descansar.

DIEGO: Has dicho bien.

ARIAS: Viva Enrique, y otro bien  
la suerte no me conceda.

**Llevan al infante, y sale doña MENCÍA y JACINTA, esclava  
herrada**

MENCÍA: Desde la torre los vi,  
y aunque quien son no podré  
distinguir, Jacinta, sé  
que una gran desdicha allí  
ha sucedido. Venía  
un bizarro caballero  
en un bruto tan ligero,  
que en el viento parecía  
un pájaro que volaba;  
y es razón que lo presumas,

porque un penacho de plumas  
matices al aire daba.  
El campo y el sol en ellas  
compitieron resplandores;  
que el campo le dio sus flores,  
y el sol le dio sus estrellas;  
porque cambiaban de modo,  
y de modo relucían,  
que en todo al sol parecían,  
y a la primavera en todo.  
Corrió, pues, y tropezó  
el caballo, de manera  
que lo que ave entonces era,  
cuando en la tierra cayó  
fue rosa; y así en rigor  
imitó su lucimiento  
en sol, cielo, tierra y viento,  
ave, bruto, estrella y flor.

JACINTA: ¡Ay señora! En casa ha entrado...

MENCÍA: ¿Quién?

JACINTA: ...un confuso tropel  
de gente.

MENCÍA: ¿Mas que con él  
a nuestra quinta han llegado?  
**Salen don ARIAS y don DIEGO,  
y sacan al infante don ENRIQUE,  
y siéntanle en una silla'**

DIEGO: En las casas de los nobles  
tiene tan divino imperio  
la sangre del rey, que ha dado  
en la vuestra atrevimiento  
para entrar de esta manera.

MENCÍA: (¿Qué es esto que miro? ¡Ay cielos!)

**Aparte**

- DIEGO: El infante don Enrique,  
hermano del rey don Pedro,  
a vuestras puertas cayó.  
y llega aquí medio muerto.
- MENCÍA: ¡Válgame Dios, qué desdicha!
- ARIAS: Decidnos a qué aposento  
podrá retirarse, en tanto  
que vuelva al primero aliento  
su vida. ¿Pero qué miro?  
¡Señora!
- MENCÍA: ¡Don Arias!
- ARIAS: Creo  
que es sueño fingido cuanto  
estoy escuchando y viendo.  
Que el infante don Enrique,  
más amante que primero,  
vuelva a Sevilla, y te halle  
con tan infeliz encuentro,  
¿puede ser verdad?
- MENCÍA: Sí es;  
¡y ojalá que fuera sueño!
- ARIAS: Pues, ¿qué haces aquí?
- MENCÍA: De espacio  
lo sabrás; que ahora no es tiempo  
sino sólo de acudir  
a la vida de tu dueño.
- ARIAS: ¿Quién le dijera que así  
llegara a verte?
- MENCÍA: Silencio,  
que importa mucho, don Arias.

ARIAS: ¿Por qué?

MENCÍA: Va mi honor en ello.  
Entrad en ese retiro,  
donde está un catre cubierto  
de un cuero turco y de flores;  
y en él, aunque humilde lecho,  
podrá descansar. Jacinta,  
saca tú ropa al momento,  
aguas y olores que sean  
dignos de tan alto empleo.

**Vase JACINTA**

ARIAS: Los dos, mientras se adereza,  
aquí al infante dejemos,  
y a su remedio acudamos,  
si hay en desdichas remedio.

**Vanse don ARIAS y don DIEGO**

MENCÍA: Ya se fueron, ya he quedado  
sola. ¡Oh quién pudiera, ah cielos,  
con licencia de su honor  
hacer aquí sentimientos!  
¡Oh quién pudiera dar voces,  
y romper con el silencio  
cárceles de nieve, donde  
está aprisionado el fuego,  
que ya, resuelto en cenizas,  
es ruina que está diciendo:  
"Aquí fue amor"! Mas ¿qué digo?  
¿Qué es esto, cielos, qué es esto?  
Yo soy quien soy. Vuelva el aire  
los repetidos acentos  
que llevó; porque aun perdidos,  
no es bien que publiquen ellos  
lo que yo debo callar,  
porque ya, con más acuerdo,  
ni para sentir soy mía;  
y solamente me huelgo  
de tener hoy que sentir,  
por tener en mis deseos  
que vencer; pues no hay virtud  
sin experiencia. Perfeto  
está el oro en el crisol,

el imán en el acero,  
el diamante en el diamante,  
los metales en el fuego;  
y así mi honor en sí mismo  
se acrisola, cuando llego  
a vencerme, pues no fuera  
sin experiencias perfecto.  
¡Piedad, divinos cielos!  
¡Viva callando, pues callando muero!  
¡Enrique! ¡Señor!

ENRIQUE: ¿Quién llama?

MENCÍA: ¡Albricias...

ENRIQUE: ¡Válgame el cielo!

MENCÍA: ...que vive tu alteza!

ENRIQUE: ¿Dónde estoy?

MENCÍA: En parte, a lo menos  
donde de vuestra salud  
hay quien se huelgue.

ENRIQUE: Lo creo,  
si esta dicha, por ser mía,  
no se deshace en el viento,  
pues consultando conmigo  
estoy, si despierto sueño,  
o si dormido discurro,  
pues a un tiempo duermo y velo.  
Pero ¿para qué averiguo,  
poniendo a mayores riesgos  
la verdad? Nunca despierte  
si es verdad que agora duermo;  
y nunca duerma en mi vida  
si es verdad que estoy despierto.

MENCÍA: Vuestra alteza, gran señor,



trate prevenido y cuerdo  
de su salud, cuya vida  
dilata siglos eternos,  
fénix de su misma fama,  
imitando al que en el fuego  
ave, llama, ascua y gusano,  
urna, pira, voz y incendio,  
nace, vive, dura y muere,  
hijo y padre de sí mismo;  
que después sabrá de mí  
dónde está.

ENRIQUE: No lo deseo;  
que si estoy vivo y te miro,  
ya mayor dicha no espero;  
ni mayor dicha tampoco,  
si te miro estando muerto;  
pues es fuerza que sea gloria  
donde vive ángel tan bello.  
Y así no quiero saber  
qué acaso ni qué sucesos  
aquí mi vida guiaron,  
ni aquí la tuya trajeron;  
pues con saber que estoy donde  
estás tú, vivo contento;  
y así, ni tú que decirme,  
ni yo que escucharte tengo.

MENCÍA: (Presto de tantos favores  
**Aparte**  
será desengaño el tiempo).  
Dígame ahora, ¿cómo está  
vuestra alteza?

ENRIQUE: Estoy tan bueno,  
que nunca estuvo mejor;  
sólo en esta pierna siento  
un dolor.

MENCÍA: Fue gran caída;  
pero en descansando, pienso  
que cobraréis la salud;  
y ya os están previniendo  
cama donde descanséis.

Que me perdonéis, os ruego,  
la humildad de la posada;  
aunque disculpada quedo...

ENRIQUE: Muy como señora habláis,  
Mencía. ¿Sois vos el dueño  
de esta casa?

MENCÍA: No, señor;  
pero de quien lo es, sospecho  
que lo soy.

ENRIQUE: Y ¿quién lo es?

MENCÍA: Un ilustre caballero,  
Gutierre Alfonso Solís,  
mi esposo y esclavo vuestro.

ENRIQUE: ¡Vuestro esposo!  
**Levántase don ENRIQUE**

MENCÍA: Sí, señor.  
No os levantéis, deteneos;  
ved que no podéis estar  
en pie.

ENRIQUE: Sí puedo, sí puedo.  
**Sale don ARIAS**

ARIAS: Dame, gran señor, las plantas,  
que mil veces todo y beso,  
agradecido a la dicha  
que en tu salud nos ha vuelto  
la vida a todos.  
**Sale don DIEGO**

DIEGO: Ya puede  
vuestra alteza a ese aposento  
retirarse, donde está  
prevenido todo aquello

que pudo en la fantasía  
bosquejar el pensamiento.

ENRIQUE: Don Arias, dame un caballo;  
dame un caballo, don Diego.  
Salgamos presto de aquí.

ARIAS: ¿Qué decís?

ENRIQUE: Que me deis presto  
un caballo.

DIEGO: Pues, señor...

ARIAS: Mira...

ENRIQUE: Estáse Troya ardiendo,  
y Eneas de mis sentidos,  
he de librarlos del fuego.

**Vase don DIEGO**

¡Ay, don Arias, la caída  
no fue acaso, sino agüero  
de mi muerte! Y con razón,  
pues fue divino decreto  
que viniese a morir yo,  
con tan justo sentimiento,  
donde tú estabas casada,  
porque nos diesen a un tiempo  
pésames y parabienes  
de tu boda y de mi entierro.  
De verse el bruto a tu sombra,  
pensé que, altivo y soberbio,  
engendró con osadía  
bizarros atrevimientos,  
cuando presumiendo de ave,  
con relinchos cuerpo a cuerpo  
desafiaba los rayos,  
después que venció los vientos;  
y no fue sino que al ver  
tu casa, montes de celos  
se le pusieron delante,  
porque tropezase en ellos;  
que aun un bruto se desboca

con celos; y no hay tan diestro  
jinete, que allí no pierda  
los estribos al correrlos.  
Milagro de tu hermosura  
presumí el feliz suceso  
de mi vida, pero ya,  
más desengañado, pienso  
que no fue sino venganza  
de mi muerte; pues es cierto  
que muero, y que no hay milagros  
que se examinen muriendo.

MENCÍA: Quien oyere a vuestra alteza  
quejas, agravios, desprecios,  
podrá formar de mi honor  
presunciones y concetos  
indignos de él; y yo agora,  
por si acaso llevó el viento  
cabal alguna razón,  
sin que en partidos acentos  
la troncase, responder  
a tantos agravios quiero,  
porque donde fueron quejas,  
vayan con el mismo aliento  
desengaños. Vuestra alteza,  
liberal de sus deseos,  
generoso de sus gustos,  
pródigo de sus afectos,  
puso los ojos en mí;  
es verdad, yo lo confieso.  
Bien sabe, de tantos años  
de experiencias, el respeto  
con que constante mi honor  
fue una montaña de hielo,  
conquistada de las flores,  
escuadrones que arma el tiempo.  
Si me casé, ¿de qué engaño  
se queja, siendo sujeto  
imposible a sus pasiones,  
reservado a sus intentos,  
pues soy para dama más,  
lo que para esposa menos?  
Y así, en esta parte ya  
disculpara, en la que tengo

de mujer, a vuestros pies  
humilde, señor, os ruego  
no os ausentéis de esta casa,  
poniendo a tan claro riesgo  
la salud.

ENRIQUE: ¡Cuánto mayor  
en esta casa le tengo!  
**Salen don GUTIERRE Alfonso y COQUÍN**

GUTIERRE: Déme los pies vuestra alteza,  
si puedo de tanto sol  
tocar, ¡oh rayo español!,  
la majestad y grandeza.  
Con alegría y tristeza  
hoy a vuestras plantas llego,  
y mi aliento, lince y ciego,  
entre asombros y desmayos,  
es águila a tantos rayos,  
mariposa a tanto fuego;  
tristeza de la caída  
que puso con triste efeto  
a Castilla en tanto aprieto;  
y alegría de la vida  
que vuelve restituída  
a su pompa, a su belleza,  
cuando en gusto vuestra alteza  
trueca ya la pena mía.  
¿Quién vio triste la alegría?  
¿Quién vio alegre la tristeza?  
Y honrad por tan breve espacio  
esta esfera, aunque pequeña;  
porque el sol no se desdeña,  
después que ilustró un palacio,  
de iluminar el topacio  
de algún pajizo arrebol.  
Y pues sois rayo español,  
descansad aquí; que es ley  
hacer el palacio el rey  
también, si hace esfera el sol.

ENRIQUE: El gusto y pesar estimo  
del modo que le sentís,  
Gutierre Alfonso Solís;  
y así en el alma le imprimo,  
donde a tenerle me animo  
guardado.

GUTIERRE: Sabe tu alteza  
honrar.

ENRIQUE: Y aunque la grandeza  
de esta casa fuera aquí  
grande esfera para mí,  
pues lo que de otra belleza,  
no me puedo detener;  
que pienso que esta caída  
ha de costarme la vida;  
y no sólo por caer,  
sino también por hacer  
que no pasase adelante  
mi intento; y es importante  
irme; que hasta un desengaño  
cada minuto es un año,  
es un siglo cada instante.

GUTIERRE: Señor, ¿vuestra alteza tiene  
causa tal, que su inquietud  
aventure la salud  
de una vida que previene  
tantos aplausos?

ENRIQUE: Conviene  
llegar a Sevilla hoy.

GUTIERRE: Necio en apurar estoy  
vuestro intento; pero creo  
que mi lealtad y deseo...

ENRIQUE: Y si yo la causa os doy,  
¿qué diréis?

GUTIERRE: Yo no os la pido;  
que a vos, señor, no es bien hecho

examinaros el pecho.

ENRIQUE: Pues escuchad: yo he tenido  
un amigo tal, que ha sido  
otro yo.

GUTIERRE: Dichoso fue.

ENRIQUE: A éste en mi ausencia fié  
el alma, la vida, el gusto  
en una mujer. ¿Fue justo  
que, atropellando la fe  
que debió al respeto mío,  
faltase en ausencia?

GUTIERRE: No.

ENRIQUE: Pues a otro dueño le dio  
llaves de aquel albedrío;  
al pecho que yo le fío,  
introdujo otro señor;  
otro goza su favor.  
¿Podrá un hombre enamorado  
sosegar con tal cuidado,  
descansar con tal dolor?

GUTIERRE: No, señor.

ENRIQUE: Cuando los cielos  
tanto me fatigan hoy,  
que en cualquier parte que estoy,  
estoy mirando mis celos,  
tan presentes mis desvelos  
están delante de mí,  
que aquí los miro, y así  
de aquí ausentarme deseo;  
que aunque van conmigo, creo  
que se han de quedar aquí.

MENCÍA: Dicen que el primer consejo  
ha de ser de la mujer;  
y así, señor, quiero ser  
--perdonad si os aconsejo--

quien os dé consuelo. Dejo  
aparte celos, y digo  
que aguardéis a vuestro amigo,  
hasta ver si se disculpa;  
que hay calidades de culpa  
que no merecen castigo.  
No os despeñe vuestro brío;  
mirad, aunque estéis celoso,  
que ninguno es poderoso  
en el ajeno albedrío.  
Cuanto al amigo, confío  
que os he respondido ya;  
cuanto a la dama, quizá  
fuerza, y no mudanza fue;  
oídla vos, que yo sé  
que ella se disculpará.

ENRIQUE: No es posible.  
**Sale don DIEGO**

DIEGO: Ya está allí  
el caballo apercebido.

GUTIERRE: Si es del que hoy habéis caído,  
no subáis en él, y aquí  
recibid, señor, de mí,  
una pía hermosa y bella,  
a quien una palma sella,  
signo que vuestra la hace;  
que también un bruto nace  
con mala o con buena estrella.  
Es este prodigio, pues,  
proporcionado y bien hecho,  
dilatado de anca y pecho;  
de cabeza y cuello es  
corto, de brazos y pies  
fuerte, a uno y otro elemento  
les da en sí lugar y asiento,  
siendo el bruto de la palma  
tierra el cuerpo, fuego el alma,



mar la espuma, y todo viento.

ENRIQUE: El alma aquí no podría  
distinguir lo que procura,  
la pía de la pintura,  
o por mejor bazaría,  
la pintura de la pía.

COQUÍN: Aquí entro yo. A mí me dé  
vuestra alteza mano o pie,  
lo que está --que esto es más llano--,  
o más a pie, o más a mano.

GUTIERRE: Aparte, necio.

ENRIQUE: ¿Por qué?  
Dejalde, su humor le abona.

COQUÍN: En hablando de la pía,  
entra la persona mía,  
que es su segunda persona.

ENRIQUE: Pues ¿quién sois?

COQUÍN: ¿No lo pregona  
mi estilo? Yo soy, en fin,  
Coquín, hijo de Coquín,  
de aquesta casa escudero,  
de la pía despensero,  
pues le siso al celemín  
la mitad de la comida;  
y en efeto, señor, hoy,  
por ser vuestro día, os doy  
norabuena muy cumplida.

ENRIQUE: ¿Mi día?

COQUÍN: Es cosa sabida.

ENRIQUE: Su día llama uno aquél  
que es a sus gustos fiel,  
y lo fue a la pena mía;

¿cómo pudo ser mi día?

COQUÍN: Cayendo, señor, en él;  
y para que se publique  
en cuantos lunarios hay,  
desde hoy diré: "A tanto cay  
San Infante don Enrique."

GUTIERRE: Tu alteza, señor, aplique  
la espuela al ijar; que el día  
ya en la tumba helada y fría,  
huésped del undoso dios,  
hace noche.

ENRIQUE: Guárdeos Dios,  
hermosísima Mencía;  
y porque veáis que estimo  
el consejo, buscaré  
a esta dama, y de ella oiré  
la disculpa. (Mal reprimo  
**Aparte**  
el dolor, cuando me animo  
a no decir lo que callo.  
Lo que en este lance hallo,  
ganar y perder se llama;  
pues él me ganó la dama,  
y yo le gané el caballo).  
**Vanse el infante don ENRIQUE, don ARIAS, don DIEGO y  
COQUÍN**

GUTIERRE: Bellísimo dueño mío,  
ya que vive tan unida  
a dos almas una vida,  
dos vidas a un albedrío,  
de tu amor e ingenio fío  
hoy, que licencia me des  
para ir a besar los pies  
al rey mi señor, que viene  
de Castilla; y le conviene  
a quien caballero es

irle a dar la bienvenida.  
Y fuera de esto, ir sirviendo  
al infante Enrique, entiendo  
que es acción justa y debida,  
ya que debí a su caída  
el honor que hoy ha ganado  
nuestra casa.

MENCÍA: ¿Qué cuidado  
más te lleva a darme enojos?

GUTIERRE: No otra cosa, ¡por tus ojos!

MENCÍA: ¿Quién duda que haya causado  
algún deseo Leonor?

GUTIERRE: ¿Eso dices? No la nombres.

MENCÍA: ¡Oh qué tales sois los hombres!  
Hoy olvido, ayer amor;  
ayer gusto, y hoy rigor.

GUTIERRE: Ayer, como al sol no veía,  
hermosa me parecía  
la luna; mas hoy, que adoro  
al sol, ni dudo ni ignoro  
lo que hay de la noche al día.  
Y escúchame un argumento.  
Una llama en noche oscura  
arde hermosa, luce pura,  
cuyos rayos, cuyo aliento  
dulce ilumina del viento  
la esfera. Sale el farol  
del cielo, y a su arrebol  
toda a sombra se reduce;  
ni arde, ni alumbra, ni luce,  
que es mar de rayos el sol.  
Aplico agora; yo amaba  
una luz, cuyo esplendor  
bebió planeta mayor,  
que sus rayos sepultaba,  
una llama me alumbraba;  
pero era una llama aquélla,

que eclipsas divina y bella  
siendo de luces crisol;  
porque hasta que sale el sol,  
parece hermosa una estrella.

MENCÍA: ¡Qué lisonjero os escucho!,  
muy parabólico estáis.

GUTIERRE: En fin, ¿licencia me dais?

MENCÍA: Pienso que la deseáis mucho;  
por eso cobarde lucho  
conmigo.

GUTIERRE: ¿Puede en los dos  
haber engaño, si en vos  
quedo yo, y vos vais en mí?

MENCÍA: Pues, como os quedáis aquí,  
adiós, don Gutierre.

GUTIERRE: Adiós.

**Vase don GUTIERRE. Sale JACINTA**

JACINTA: Triste, señora, has quedado.

MENCÍA: Sí, Jacinta, y con razón.

JACINTA: No sé qué nueva ocasión  
te ha suspendido y turbado;  
que una inquietud, un cuidado  
te ha divertido.

MENCÍA: Es así.

JACINTA: Bien puedes fiar de mí.

MENCÍA: ¿Quieres ver si de ti fio  
mi vida, y el honor mío:  
Pues escucha atenta.

JACINTA: Di.

MENCÍA: Nací en Sevilla, y en ella  
me vio Enrique, festejó  
mis desdenes, celebró  
mi nombre, ¡felice estrella!  
Fuése, y mi padre atropella  
la libertad que hubo en mí.  
La mano a Gutierre di,  
volvió Enrique, y en rigor,  
tuve amor, y tengo honor.  
Esto es cuanto sé de mí.  
**Vanse y sale doña LEONOR e INÉS, con mantos**

INÉS: Ya sale para entrar en la capilla.  
Aquí le espera, y a sus pies te humilla.

LEONOR: Lograré mi esperanza,  
si recibe mi agravio la venganza.  
**Salen el REY, un VIEJO, y SOLDADOS**

SOLDADO 1: ¡Plaza!

SOLDADO 2: Tu majestad aquí te lea.

REY: Yo le haré ver.

SOLDADO 3: Tu alteza, señor, vea  
éste.

REY: Está bien.

SOLDADO 1: (Pocas palabras gasta).  
**Aparte**

SOLDADO 2: Yo soy...

REY: El memorial a queste basta.

SOLDADO 1: Turbado estoy; mal el temor resisto.

REY: ¿De qué os turbáis?

SOLDADO 1: ¿No basta haberos visto?

REY: Sí basta. ¿Qué pedís?

SOLDADO 1: Yo soy soldado;  
una ventaja.

REY: Poco habéis pedido,  
para haberos turbado.  
Una jineta os doy.

SOLDADO 1: Felice he sido.

VIEJO: Un pobre viejo soy; limosna os pido.

REY: Tomad este diamante.

VIEJO: ¿Para mí os le quitáis?

REY: Yo no os espante;  
que, para darle de una vez, quisiera  
sólo un diamante todo el mundo fuera.

LEONOR: Señor, a vuestras plantas  
mis pies turbados llegan;  
de parte de mi honor vengo a pedirlos  
con voces que se anegan en suspiros,  
con suspiros que en lágrimas se anegan,  
justicia. Para vos y Dios apelo.

REY: Sosegaos, señora, alzádel del suelo.

LEONOR: Yo soy...

REY: No prosigáis de esa manera.  
Salíos todos afuera.

**Vanse todos**

Hablad agora, porque si venisteis

de parte del honor, como dijisteis  
 indigna cosa fuera  
 que en público el honor sus quejas diera,  
 y que a tan bella cara  
 vergüenza la justicia lo costara.}}

LEONOR: Pedro, a quien llama el mundo justiciero,  
 planeta soberano de Castilla,  
 a cuya luz se alumbra este hemisferio;  
 Júpiter español, cuya cuchilla  
 rayos esgrime de templado acero,  
 cuando blandida al aire alumbra y brilla;  
 sangriento giro, que entre nubes de oro,  
 corta los cuellos de uno y otro moro;  
 yo soy Leonor, a quien Andalucía  
 llama --lisonja fue--, Leonor la bella;  
 no porque fuese la hermosura mía  
 quien el nombre adquirió, sino la estrella;  
 que quien decía bella, ya decía  
 infelice, que el hombre incluye y sella,  
 a la sombra no más de la hermosura,  
 poca dicha, señor, poca ventura.  
 Puso los ojos, para darme enojos,  
 un caballero en mí, que ¡ojalá fuera  
 basilisco de amor a mis despojos,  
 áspid de celos a mi primavera!  
 Luego el deseo sucedió a los ojos,  
 el amor al deseo, y de manera  
 mi calle festejó, que en ella veía  
 morir la noche, y espirar el día.  
 ¿Con qué razones, gran señor, herida  
 la voz, diré que a tanto amor postrada,  
 aunque el desdén me publicó ofendida,  
 la voluntad me confesó obligada?  
 De obligada pasé a agradecida,  
 luego de agradecida a apasionada;  
 que en la universidad de enamorados,  
 dignidades de amor se dan por grados.  
 Poca centella incita mucho fuego,  
 poco viento movió mucha tormenta,  
 poca nube al principio arroja luego  
 mucho diluvio, poca luz alienta  
 mucho rayo después, poco amor ciego  
 descubre mucho engaño; y así intenta,

siendo centella, viento, nube, ensayo,  
 ser tormenta, diluvio, incendio y rayo.  
 Díome palabra que sería mi esposo;  
 que éste de las mujeres es el cebo  
 con que engaña el honor el cauteloso  
 pescador, cuya pasta es el Erebo  
 que aduerme los sentidos temeroso.  
 El labio aquí fallece, y no me atrevo  
 a decir que mintió. No es maravilla.  
 ¿Qué palabra se dio para cumplilla?  
 Con esta libertad entró en mi casa,  
 si bien siempre el honor fue reservado;  
 porque yo, liberal de amor, y escasa  
 de honor, me atuve siempre a este sagrado.  
 Mas la publicidad a tanto pasa,  
 y tanto esta opinión se ha dilatado,  
 que en secreto quisiera más perdella,  
 que con público escándalo tenella.  
 Pedí justicia, pero soy muy pobre;  
 quejéme de él, pero es muy poderoso;  
 y ya que es imposible que yo cobre,  
 pues se casó, mi honor, Pedro famoso,  
 si sobre tu piedad divina, sobre  
 tu justicia, me admities generoso,  
 que me sustente en un convento pido;  
 Gutierre Alfonso de Solís ha sido.

REY: Señora, vuestros enojos  
 siento con razón, por ser  
 un Atlante en quien descansa  
 todo el peso de la ley.  
 Si Gutierre está casado,  
 no podrá satisfacer,  
 como decís, por entero  
 vuestro honor; pero yo haré  
 justicia como convenga  
 en esta parte; si bien  
 no os debe restituír  
 honor, que vos os tenéis.  
 Oigamos a la otra parte  
 disculpas tuyas; que es bien  
 guardar el segundo oído



para quien llega después;  
y fiad, Leonor, de mí,  
que vuestra causa veré  
de suerte que no os obligue  
a que digáis otra vez  
que sois pobre, él poderoso,  
siendo yo en Castilla rey.  
Mas Gutierre viene allí;  
podrá, si conmigo os ve,  
conocer que me informasteis  
primero. Aquesse cancel  
os encubra, aquí aguardad,  
hasta que salgáis después.

LEONOR: En todo he de obedeceros.  
**Escóndese, y sale COQUÍN**

COQUÍN: De sala en sala, pardiez,  
a la sombra de mi amo,  
que allí se quedó, llegué  
hasta aquí, ¡válgame Alá!  
¡Vive Dios, que está aquí el rey!  
Él me ha visto, y se mesura.  
¡Plegue al cielo que no esté  
muy alto aqieste balcón,  
por si me arroja por él!

REY: ¿Quién sois?

COQUÍN: ¿Yo, señor?

REY: Vos.

COQUÍN: Yo,  
¡válgame el cielo!, soy quien  
vuestra majestad quisiere,  
sin quitar y sin poner,  
porque un hombre muy discreto  
me dio por consejo ayer,  
no fuese quien en mi vida  
vos no quisieseis; y fue  
de manera la lición,  
que antes, agora y después

quien vos quisiéredes sólo  
fui, quien gustaréis seré,  
quien os place soy; y en esto,  
mirad con quién y sin quién...  
y así, con vuestra licencia,  
por donde vine me iré  
hoy, con mis pies de compás,  
si no con compás de pies.

REY: Aunque me habéis respondido  
cuanto pudiera saber,  
quién sois os he preguntado.

COQUÍN: Y yo os hubiera también  
al tenor de la pregunta  
respondido, a no temer  
que en diciéndoos quién soy, luego  
por un balcón me arrojéis,  
por haberme entrado aquí  
tan sin qué ni para qué,  
teniendo un oficio yo  
que vos no habéis menester.

REY; ¿Qué oficio tenéis?

COQUÍN: Yo soy  
cierto correo de a pie,  
portador de todas nuevas,  
hurón de todo interés,  
sin que se me haya escapado  
señor, profeso o novel;  
y del que me ha dado más,  
digo mal, mas digo bien.  
Todas las cosas son mías;  
y aunque lo son, esta vez  
la de don Gutierre Alfonso  
es mi accesorio, en quien fue  
mi pasto meridiano,  
un andaluz cordobés.  
Soy cofrade del contento;  
el pesar no sé quién es,  
ni aun para servirle. En fin,  
soy, aquí donde me veis,  
mayordomo de la risa,

gentilhombre del placer  
y camarero del gusto,  
pues que me visto con él.  
Y por ser esto, he temido  
el darme aquí a conocer;  
porque un rey que no se ríe,  
temo que me libre cien  
esportillas batanadas,  
con respuntes al envés,  
por vagamundo.

REY: En fin, ¿sois  
hombre, que a cargo tenéis  
la risa?

COQUÍN: Sí, mi señor;  
y porque lo echéis de ver,  
esto es jugar de gracioso  
en palacio.

**Cúbrese**

REY: Está muy bien;  
y pues sé quién sois, hagamos  
los dos un concierto.

COQUÍN: ¿Y es?

REY: ¿Hacer reír profesáis?

COQUÍN: Es verdad.

REY: Pues cada vez  
que me hiciéredes reír,  
cien escudos os daré;  
y si no me hubieres hecho  
reír en término de un mes,  
os han de sacar los dientes.

COQUÍN: Testigo falso me hacéis,  
y es ilícito contrato

de enorme lesión.

REY: ¿Por qué?

COQUÍN: Porque quedaré lisiado  
si le aceto, ¿no se ve?  
Dicen, cuando uno se ríe  
que enseña los dientes; pues  
enseñarlos yo llorando,  
será reírme al revés.  
Dicen que sois tan severo,  
que a todos dientes hacéis;  
¿qué os hice yo, que a mí solo  
deshacérmelos queréis?  
Pero vengo en el partido;  
que porque ahora me dejéis  
ir libre, no le rehúso,  
pues por lo menos un mes  
me hallo aquí como en la calle  
de vida; y al cabo de él  
no es mucho que tome postas  
en mi boca la vejez;  
y así voy a examinarme  
de cosquillas. ¡Voto a diez,  
que os habéis de reír! Adiós,  
y veámonos después.  
**Vase COQUÍN y salen don ENRIQUE,  
don GUTIERRE, don DIEGO y don ARIAS,  
y toda la compañía**

ENRIQUE: Déme vuestra majestad  
la mano.

REY: Vengáis con bien,  
Enrique. ¿Cómo os sentís?

ENRIQUE: Más, señor, el susto fue  
que el golpe. Estoy bueno.

GUTIERRE: A mí  
vuestra majestad me de  
la mano, si mi humildad  
merece tan alto bien,

porque el suelo que pisáis  
es soberano dosel  
que ilumina de los vientos  
uno y otro rosicler;  
y vengáis con la salud  
que este reino ha menester,  
para que os adore España,  
coronado de laurel.

REY: De vos, don Gutierre Alfonso...

GUTIERRE: ¿Las espaldas me volvéis?

REY: ...grande querellas me dan.

GUTIERRE: Injustas deben de ser.

REY; ¿Quién es, decidme, Leonor,  
una principal mujer  
de Sevilla?

GUTIERRE: Una señora,  
bella, ilustre y noble es,  
de lo mejor de esta tierra.

REY: ¿Qué obligación la tenéis,  
a que habéis correspondido  
necio, ingrato y descortés?

GUTIERRE: No os he de mentir en nada,  
que el hombre, señor, de bien  
no sabe mentir jamás,  
y más delante del rey.  
Servíla, y mi intento entonces  
casarme con ella fue,  
si no mudara las cosas  
de los tiempos el vaivén.  
Visitéla, entré en su casa  
públicamente; si bien  
no le debo a su opinión  
de una mano el interés.  
Viéndome desobligado,  
pude mudarme después;

y así, libre de este amor,  
en Sevilla me casé  
con doña Mencía de Acuña,  
dama principal, con quien  
vivo, fuera de Sevilla,  
una casa de placer.  
Leonor, mal aconsejada  
--que no la aconseja bien  
quien destruye su opinión--,  
pleitos intentó poner  
a mi desposorio, donde  
el más riguroso juez  
no halló causa contra mí,  
aunque ella dice que fue  
diligencia del favor.  
¡Mirad vos a qué mujer  
hermosa favor faltara,  
si le hubiera menester!  
Con este engaño pretende,  
puesto que vos lo sabéis,  
valerse de vos; y así,  
yo me pongo a vuestros pies,  
donde a la justicia vuestra  
dará la espada mi fe,  
y mi lealtad la cabeza.

REY:           ¿Qué causa tuvisteis, pues,  
para tan grande mudanza?

GUTIERRE: ¿Novedad tan grande es  
mudarse un hombre? ¿No es cosa  
que cada día se ve?

REY:           Sí; pero de extremo a extremo  
pasar el que quiso bien,  
no fue sin grande ocasión.

GUTIERRE: Suplícoos no me apretéis;  
que soy hombre que, en ausencia  
de las mujeres, daré  
la vida por no decir

cosa indigna de su ser.

REY: ¿Luego vos causa tuvisteis?

GUTIERRE: Sí, señor; pero creed  
que si para mi descargo  
hoy hubiera menester  
decirlo, cuando importara  
vida y alma, amante fiel  
de su honor, no lo dijera.

REY: Pues yo lo quiero saber.

GUTIERRE: Señor...

REY: Es curiosidad.

GUTIERRE: Mirad...

REY: No me repliquéis;  
que me enojaré, por vida...

GUTIERRE: Señor, señor, no juréis;  
que menos importa mucho  
que yo deje aquí de ser  
quien soy, que veros airado.

REY: (Que dijese le apuré  
**Aparte**  
el suceso en alta voz,  
porque pueda responder  
Leonor, si aquéste me engaña;  
y si habla verdad, porque,  
convencida con su culpa,  
sepa Leonor que lo sé).  
Decid, pues.

GUTIERRE: A mi pesar  
lo digo; una noche entré  
en su casa, sentí ruido  
en una cuadra, llegué,  
y al mismo tiempo que ya  
fui a entrar, pude el bulto ver

de un hombre, que se arrojó  
del balcón; bajé tras él,  
y sin conocerle, al fin  
pudo escaparse por pies.

ARIAS: (¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto  
**Aparte**  
que miro?)

GUTIERRE: Y aunque escuché  
satisfacciones, y nunca  
di a mi agravio entera fe,  
fue bastante esta aprensión  
a no casarme; porque  
si amor y honor son pasiones  
del ánimo, a mi entender,  
quien hizo al amor ofensa,  
se le hace al honor en él;  
porque el agravio del gusto  
al alma toca también.  
**Sale doña LEONOR**

LEONOR: Vuestra majestad perdone;  
que no puedo detener  
el golpe a tantas desdichas  
que han llegado de tropel...

REY: (¡Vive Dios, que me engañaba!  
**Aparte**  
La prueba sucedió bien).

LEONOR: ...y oyendo contra mi honor  
presunciones, fuera ley  
injusta que yo, cobarde,  
dejara de responder;  
que menos perder importa  
la vida, cuando me dé  
este atrevimiento muerte,  
que vida y honor perder.  
Don Arias entró en mi casa...



ARIAS: Señora, espera, detén  
 la voz, vuestra majestad,  
 licencia, señor me dé,  
 porque el honor de esta dama  
 me toca a mí defender.  
 Esa noche estaba en casa  
 de Leonor una mujer  
 con quien me hubiera casado,  
 si de la parca el crüel  
 golpe no cortara fiera  
 su vida. Yo, amante fiel  
 de su hermosura, seguí  
 sus pasos, y en casa entré  
 de Leonor --atrevimiento  
 de enamorado-- sin ser  
 parte a estorbarlo Leonor.  
 Llegó don Gutierre, pues;  
 temerosa, Leonor dijo  
 que me retirase a aquel  
 aposento; yo lo hice.  
 ¡Mil veces mal haya, amén,  
 quien de una mujer se rinde  
 a admitir el parecer!  
 Sintióme, entró, y a la voz  
 de marido, me arrojé  
 por el balcón; y si entonces  
 volví el rostro a su poder  
 porque era marido, hoy,  
 que dice que no lo es,  
 vuelvo a ponerme delante.  
 Vuestra majestad me dé  
 campo en que defienda altivo  
 que no he faltado a quien es  
 Leonor, pues a un caballero  
 se le concede la ley.

GUTIERRE: Yo saldré donde...

**Empuñan**

REY: ¿Qué es esto?  
 ¿Cómo las manos tenéis  
 en las espadas delante  
 de mí? ¿No tembláis de ver  
 mi semblante: Donde estoy,

¿hay soberbia ni altivez?  
Presos los llevad al punto;  
en dos torres los tened;  
y agradeced que no os pongo  
las cabezas a los pies.

**Vase el REY**

ARIAS: Si perdió Leonor por mí  
su opinión, por mí también  
la tendrá; que esto se debe  
al honor de una mujer.

**Vase don ARIAS**

GUTIERRE: (No siento en desdicha tal  
**Aparte**  
ver riguroso y cruel  
al rey; sólo siento que hoy  
Mencía, no te he de ver).

**Vase don GUTIERRE**

ENRIQUE: (Con ocasión de la caza,  
preso Gutierre, podré  
ver esta tarde a Mencía).  
Don Diego, conmigo ven;  
que tengo de porfiar  
hasta morir o vencer.

**Vanse don ENRIQUE, don DIEGO, y acompañamiento**

LEONOR: ¡Muerta quedo! ¡Plegue a Dios,  
ingrato, aleve y crüel,  
falso, engañador, fingido,  
sin fe, sin Dios y sin ley,  
que como inocente pierdo  
mi honor, venganza me dé  
el cielo! ¡El mismo dolor  
sientas que siento, y a ver  
llegues, bañado en tu sangre,  
deshonras tuyas, porque  
mueras con las mismas armas  
que matas, amén, amén!  
¡Ay de mí!, mi honor perdí.  
¡Ay de mí!, mi muerte hallé.

**Vase**

## FIN DEL PRIMER ACTO

## ACTO SEGUNDO

Salen JACINTA y don ENRIQUE como a oscuras

JACINTA: Llega con silencio.

ENRIQUE: Apenas  
los pies en la tierra puse.

JACINTA: Ésta es el jardín, y aquí  
pues de la noche te encubre  
el manto, y pues don Gutierre  
está preso, no hay que dudes  
sino que conseguirás  
victorias de amor tan dulces.

ENRIQUE: Si la libertad, Jacinta,  
que te prometí, presumes  
poco premio a bien tan grande,  
pide más, y no te excuses  
por cortedad. Vida y alma  
es bien que por tuyas juzgues.

JACINTA: Aquí mi señora siempre  
viene, y tiene por costumbre  
pasar un poco la noche.

ENRIQUE: Calla, calla, no pronuncies  
otra razón, porque temo  
que los vientos nos escuchen.

JACINTA: Ya, pues, porque tanta ausencia  
no me indicie, o no me culpe  
de este delito, no quiero  
faltar de allí.

**Vase JACINTA**

ENRIQUE: Amor, ayude  
mi intento. Estas verdes hojas  
me escondan y disimulen;  
que no seré yo el primero  
que a vuestras espaldas hurte

rayos al sol. Acteón  
con Diana me disculpe.  
**Escóndese, y sale doña MENCÍA y criadas**

MENCÍA: ¡Silvia, Jacinta, Teodora!

JACINTA: ¿Qué mandas?

MENCÍA: Que traigas luces;  
y venid todas conmigo  
a divertir pesadumbres  
de la ausencia de Gutierre,  
donde el natural presume  
vencer hermosos países  
que el arte dibuja y pule.  
¡Teodora!

TEODORA: ¿Señora mía?

MENCÍA: Divierte con voces dulces  
esta tristeza.

TEODORA: Holgaréme  
que de letra y tono gustes.  
**Canta TEODORA y duérmese doña MENCÍA**

JACINTA: No cantes más, que parece  
que ya el sueño al alma infunde  
sosiego y descanso; y pues  
hallaron sus inquietudes  
en él sagrado, nosotras  
no la despertemos.

TEODORA: Huye  
con silencio la ocasión.

JACINTA: (Yo lo haré, porque la busque  
**Aparte**  
quien la deseó. ¡Oh críadas,  
y cuántas honras ilustres  
se han perdido por vosotras!  
**Vanse, y sale don ENRIQUE**

ENRIQUE: Sola se quedó. No duden  
mis sentidos tanta dicha,  
y ya que a esto me dispuse,  
pues la ventura me falta,  
tiempo y lugar me aseguren.  
¡Hermosísima Mencía!

MENCÍA: ¡Válgame Dios!  
**Despierta**

ENRIQUE: No te asustes.

MENCÍA: ¿Qué es esto?

ENRIQUE: Un atrevimiento,  
a quien es bien que disculpen  
tantos años de esperanza.

MENCÍA: ¿Pues, señor, vos...

ENRIQUE: No te turbes.

MENCÍA: ...de esta suerte...

ENRIQUE: No te alteres.

MENCÍA: ...entrasteis...

ENRIQUE: No te disgustes.

MENCÍA: ...en mi casa sin temer  
que así a una mujer destruye,  
y que así ofende un vasallo  
tan generoso e ilustre?

ENRIQUE: Esto es tomar tu consejo.  
Tú me aconsejas que escuche  
disculpas de aquella dama,  
y vengo a que te disculpes

conmigo de mis agravios.

**MENCÍA:** Es verdad, la culpa tuve;  
pero si he de disculparme,  
tu alteza, señor, no dude  
que es en orden a mi honor.

**ENRIQUE:** ¿Que ignoro, acaso, presumes  
el respeto que les debo  
a tu sangre y tus costumbres?  
El achaque de la caza  
que en estos campos dispuse,  
no fue fatigar la caza,  
estorbando que saluden  
a la venida del día,  
sino a ti, garza, que subes  
tan remontada, que tocas  
por las campañas azules  
de los palacios del sol  
los dorados balaústres.

**MENCÍA:** Muy bien, señor, vuestra alteza  
a las garzas atribuye  
esta lucha; pues la garza  
de tal instinto presume,  
que volando hasta los cielos,  
rayo de pluma sin lumbre,  
ave de fuego con alma,  
con instinto alada nube,  
parda cometa sin fuego,  
quiere que su intento burlen  
azores reales; y aun dicen  
que cuando de todos huye,  
conoce el que ha de matarla;  
y así, antes que con él luche,  
el temor hace que tiemble,  
se estremezca, y se espeluce.  
Así yo, viendo a tu alteza  
quedé muda, absorta estuve,  
conocí el riesgo, y temblé;  
tuve miedo, y horror tuve;  
porque mi temor no ignore,  
porque me espanto no dude,

que es quien me ha de dar la muerte.

ENRIQUE: Ya llegué a hablarte, ya tuve ocasión; no he de perdella.

MENCÍA: ¿Cómo esto los cielos sufren?  
Daré voces.

ENRIQUE: A ti misma  
te infamas.

MENCÍA: ¿Cómo no acuden  
a darme favor las fieras?

ENRIQUE: Porque de enojarme huyen.  
**Dentro don GUTIERRE**

GUTIERRE: Ten ese estribo, Coquín,  
y llama a esa puerta.

MENCÍA: ¡Cielos!  
No mintieron mis recelos;  
llegó de mi vida el fin.  
Don Gutierre es éste, ¡ay Dios!

ENRIQUE: ¡Oh, qué infelice nací!

MENCÍA: ¿Qué ha de ser, señor, de mí,  
si os halla conmigo a vos?

ENRIQUE: ¿Pues qué he de hacer?

MENCÍA: Retiraros.

ENRIQUE: ¿Yo me tengo de esconder?

MENCÍA: El honor de una mujer  
a más que esto ha de obligaros.  
No podéis salir --isoy muerta!--  
que como allá no sabían  
mis criadas lo que hacían,  
abrieron luego la puerta.



Aun salir no podéis ya.

ENRIQUE: ¿Qué haré en tanta confusión?

MENCÍA: Detrás de ese pabellón,  
que en mi misma cuadra está,  
os esconded.

ENRIQUE: No he sabido,  
hasta la ocasión presente,  
qué es temor. ¡Oh, qué valiente  
debe de ser un marido!

**Escóndese**

MENCÍA: Sí inocente la mujer,  
no hay desdicha que no aguarde,  
¡válgame Dios, qué cobarde  
culpada debe de ser!

**Salen don GUTIERRE y COQUÍN**

GUTIERRE: Mi bien, mi señora, los brazos  
darme una y mil veces puedes.

MENCÍA: Con envidia de estas redes,  
que en tan amoroso lazos  
están inventando abrazos.

GUTIERRE: No dirás que no he venido  
a verte.

MENCÍA: Fineza ha sido  
de amante firme y constante.

GUTIERRE: No dejo de ser amante  
yo, mi bien, por ser marido;  
que por propia la hermosura  
no desmerece jamás  
las finezas; antes más  
las alienta y asegura;

y así a su riesgo procura  
los medios, las ocasiones.

MENCÍA: En obligación me pones.

GUTIERRE: El alcaide que conmigo  
está, es mi deudo y amigo,  
y quitándome prisiones  
al cuerpo, más las echó  
al alma, porque me ha dado  
ocasión de haber llegado  
a tan grande dicha yo,  
como es a verte.

MENCÍA: ¿Quién vio  
mayor gloria...

GUTIERRE: ...que la mía?;  
aunque, si bien advertía,  
hizo muy poco por mí  
en dejarme que hasta aquí  
viniese; pues si vivía  
yo sin alma en la prisión,  
por estar en ti, mi bien,  
darme libertad fue bien,  
para que en esta ocasión  
alma y vida con razón  
otra vez se viese unida;  
porque estaba dividida,  
teniendo en prolija calma,  
en una prisión el alma,  
y en otra prisión la vida.

MENCÍA: Dicen que dos instrumentos  
conformemente templados,  
por los ecos dilatados  
comunican los acentos.  
Tocan el uno, y los vientos  
hiere el otro, sin que allí  
nadie le toque; y en mí  
esta experiencia se viera;  
pues si el golpe allá te hiriera,

muriera yo desde aquí.

COQUÍN: ¿Y no le darás, señora,  
tu mano por un momento  
a un preso de cumplimiento;  
pues llora, siente e ignora  
por qué siente, y por qué llora  
y está su muerte esperando  
sin saber por qué, ni cuándo?  
Pero...

MENCÍA: Coquín, ¿qué hay en fin?

COQUÍN: Fin al principio en Coquín  
hay, que esto te estoy contando;  
mucho el rey me quiere, pero  
si el rigor pasa adelante,  
mi amo será muerto andante,  
pues irá con escudero.

**Habla doña MENCÍA a don GUTIERRE**

MENCÍA: Poco regalarte espero;  
porque como no aguardaba  
huésped, descuidada estaba.  
Cena os quiero apercibir.

GUTIERRE: Un esclava puede ir.

MENCÍA: ¿Ya, señor, no va una esclava?  
Yo lo soy, y lo he de ser,  
Jacinta, venme a ayudar.  
(En salud me he de curar.

**Aparte**

Ved, honor, cómo ha de ser,  
porque me he de resolver  
a una temeraria acción).

**Vanse las dos**

GUTIERRE: Tú, Coquín, a esta ocasión  
aquí te queda, y extremos

olvida, y mira que tenemos  
de volver a la prisión  
antes del día; ya falta  
poco; aquí puedes quedarte.

COQUÍN: Yo quisiera aconsejarte  
una industria, la más alta  
que el ingenio humano esmalta.  
en ella tu vida está.  
¡Oh, qué industria...

GUTIERRE: Dila ya.

COQUÍN: ...para salir sin lisión,  
sano y bueno de prisión!

GUTIERRE: ¿Cuál es?

COQUÍN: No volver allá.  
¿No estás bueno? ¿No estás sano?  
Con no volver, claro ha sido  
que sano y bueno has salido.

GUTIERRE: ¡Vive Dios, necio villano,  
que te mate por mi mano!  
¿Pues tú me has de aconsejar  
tan vil acción, sin mirar  
la confianza que aquí  
hizo el alcaide de mí?

COQUÍN: Señor, yo llevo a dudar  
--que soy más desconfiado--  
de la condición del rey;  
y así, el honor de esa ley  
no se entiende en el criado;  
y hoy estoy determinado  
a dejarte y no volver.

GUTIERRE: ¿Dejarme tú?

COQUÍN: ¿Qué he de hacer?

GUTIERRE: Y de ti, ¿qué han de decir?

COQUÍN: ¿Y héme de dejar morir  
por sólo bien parecer?  
Si el morir, señor, tuviera  
descarte o enmienda alguna,  
cosa que de dos la una  
un hombre hacerla pudiera,  
yo probara la primera  
por servirte; mas ¿no ves  
que rifa la vida es?  
Entro en ella, vengo y tomo  
cartas, y piérdola. ¿Cómo  
me desquitaré después?  
Perdida se quedará,  
si la pierdo por tu engaño,  
hasta, hasta ciento y un año.  
**Sale doña MENCÍA sola, muy alborotada**

MENCÍA: Señor, tu favor me da.

GUTIERRE: ¡Válgame Dios! ¿Qué será?  
¿Qué puede haber sucedido?

MENCÍA: Un hombre...

GUTIERRE: ¡Presto!

MENCÍA: ...escondido  
en mi aposento he topado,  
encubierto y rebozado.  
Favor, Gutierre, te pido.

GUTIERRE: ¿Qué dices? ¡Válgame el cielo!  
Ya es forzoso que me asombre.  
¿Embozado en casa un hombre?

MENCÍA: Yo le vi.

GUTIERRE: Todo soy hielo.  
Toma esa luz.

COQUÍN: ¿Yo?

GUTIERRE: El recelo  
pierde, pues conmigo vas.

MENCÍA: Villano, ¿cobarde estás?  
Saca tú la espada; yo  
iré. La luz se cayó.  
**Al tomar la luz, la mata disimuladamente,  
y salen JACINTA y don ENRIQUE siguiéndola**

GUTIERRE: Esto me faltaba más;  
pero a oscuras entraré.

JACINTA: Síguete, señor, por mí;  
seguro vas por aquí,  
que toda la casa sé.

COQUÍN: ¿Dónde iré yo?

GUTIERRE: Ya topé  
el hombre.  
**Coge a COQUÍN**

COQUÍN: Señor, advierte...

GUTIERRE: ¡Vive Dios, que de esta suerte,  
hasta que sepa quién es,  
le he de tener!; que después  
le darán mis manos muerte.

COQUÍN: Mira, que yo...

MENCÍA: (¡Qué rigor! Aparte  
Si es que con él ha topado,  
¡ay de mí!)

GUTIERRE: Luz han sacado.  
**Sale JACINTA con luz**  
¿Quién eres, hombre?

COQUÍN: Señor,  
yo soy.

GUTIERRE: ¡Qué engaño! ¡Qué error!

COQUÍN: ¿Pues yo no te lo decía?

GUTIERRE: Que me hablabas presumía;  
pero no que eras el mismo  
que tenía. ¡Oh, ciego abismo  
del alma y paciencia mía!

**Habla doña MENCÍA aparte a JACINTA**

MENCÍA: ¿Salió ya, Jacinta?

JACINTA: Sí.

MENCÍA: Como esto en tu ausencia pasa,  
mira bien toda la casa;  
que como saben que aquí  
no estás, se atreven así  
ladrones.

GUTIERRE: A verla voy.  
Suspiros al cielo doy,  
que mis sentimientos lleven,  
si es que a mi casa se atreven,  
por ver que en ella no estoy.

**Vase don GUTIERRE**

JACINTA: Grande atrevimiento fue  
determinarte, señora,  
a tan grande acción agora.

MENCÍA: En ella mi vida hallé.

JACINTA: ¿Por qué lo hiciste?

MENCÍA: Porque  
si yo no se lo dijera

y Gutierre lo sintiera,  
la presunción era clara,  
pues no se desengañara  
de que yo cómplice era;  
y no fue dificultad  
en ocasión tan cruel,  
haciendo del ladrón fiel,  
engañar con la verdad.

**Sale don GUTIERRE, y debajo de la capa ya una daga**

GUTIERRE: ¿Qué ilusión, qué vanidad  
de esta suerte te burló?  
Toda la casa vi yo;  
pero en ella no topé  
sombra de que verdad fue  
lo que a ti te pareció.  
(Mas es engaño, ¡ay de mí!,

**Aparte**

que esta daga que hallé, -cielos!,  
con sospechas y celos  
previene mi muerte en sí;  
mas no es esto para aquí).  
Mi bien, mi esposa, Mencía;  
ya la noche en sombra fría  
su manto va recogiendo  
y cobardemente huyendo  
de la hermosa luz del día.  
Mucho siento, claro está,  
el dejarte en esta parte,  
por dejarte, y por dejarte  
con este temor; mas ya  
es hora.

MENCÍA: Los brazos da  
a quien te adora.

GUTIERRE: El favor  
estimo.

**Al abrazarla don GUTIERRE, Doña MENCÍA ve la daga**

MENCÍA: ¡Tente, señor!  
¿Tú la daga para mí?  
En mi vida te ofendí.  
Detén la mano al rigor,



detén...

GUTIERRE: ¿De qué estás turbada,  
mi bien, mi esposa, Mencía?

MENCÍA: Al verte así, presumía  
que ya en mi sangre bañada,  
hoy moría desangrada.

GUTIERRE: Como a ver la casa entré,  
así esta daga saqué.

MENCÍA: Toda soy una ilusión.

GUTIERRE: ¡Jesús, qué imaginación!

MENCÍA: En mi vida te he ofendido.

GUTIERRE: ¡Qué necia disculpa ha sido!  
Pero suele una aprensión  
tales miedos prevenir.

MENCÍA: Mis tristezas, mis enojos,  
en tu ausencia estos antojos  
suelen, mi dueño, fingir.

GUTIERRE: Si yo pudiere venir,  
vendré a la noche y adiós.

MENCÍA: Él vaya, mi bien, con vos.  
(¡Oh, qué asombros! ¡Oh, qué extremos!)

GUTIERRE: (¡Ay, honor!, mucho tenemos  
que hablar a solas los dos).

**Vanse cada uno por su puerta.**

**Salen el REY y don DIEGO con rodela y capa de color;  
y como representa, se muda de negro**

REY: Ten, don Diego, esa rodela.

DIEGO: Tarde vienes a acostarte.

REY: Toda la noche rondé  
de aquesta ciudad las calles;  
que quiero saber así  
sucesos y novedades  
de Sevilla, que es lugar  
donde cada noche salen  
cuentos nuevos; y deseo  
de esta manera informarme  
de todo, para saber  
lo que convenga.

DIEGO: Bien haces,  
que el rey debe ser un Argos  
en su reino, vigilante.  
El emblema de aquel cetro  
con dos ojos lo declare.  
Mas ¿qué vio tu majestad?

REY: Vi recatados galanes,  
damas desveladas vi,  
músicas, fiestas y bailes,  
muchos gritos, de quien  
eran siempre voces grandes  
la tablilla que decía:  
"Aquí hay juego, caminante."  
Vi valientes infinitos;  
y no hay cosa que me canse  
tanto como ver valiente,  
y que por oficio pase  
ser uno valiente aquí.  
Mas porque no se me alaben  
que no doy examen yo  
a oficio tan importante,  
a una tropa de valientes  
probé solo en una calle.

DIEGO: Mal hizo tu majestad.

REY: Antes bien, pues con su sangre

llevaron iluminada...

DIEGO: ¿Qué?

REY: La carta del examen.  
**Sale COQUÍN**

COQUÍN: (No quise entrar en la torre  
**Aparte**  
con mi amo, por quedarme  
a saber lo que se dice  
de su prisión. Pero, ¡tate!  
--que es un pero muy honrado  
del celebrado linaje  
de los tates de Castilla--  
porque el rey está delante.

REY: Coquín.

COQUÍN: ¿Señor?

REY: ¿Cómo va?

COQUÍN: Responderé a lo estudiante.

REY: ¿Cómo?

COQUÍN: De "corpore bene,"  
pero de "pecunis male."

REY: Decid algo, pues sabéis,  
Coquín, que como me agrada,  
tenéis aquí cien escudos.

COQUÍN: Fuera hacer tú aquesta tarde  
el papel de una comedia  
que se llamaba El rey ángel.  
Pero con todo eso traigo  
hoy un cuento que contarte,  
que remata en epigrama.

REY: Si es vuestra, será elegante.

Vaya el cuento.

COQUÍN: Yo vi ayer  
de la cama levantarse  
un capón con bigotera.  
¿No te ríes de pensarle  
curándose sobre sano  
con tan vagamundo parche?  
A esto un epigrama hice:  
(No te pido, Pedro el grande,  
**Aparte**  
casas ni viñas; que sólo  
risa pido en este guante.  
Dad vuestra bendita risa  
a un gracioso vergonzante).  
"Floro, casa muy desierta  
la tuya debe de ser,  
porque eso nos da a entender  
la cédula de la puerta.  
Donde no hay carta, ¿hay cubierta?,  
¿Cáscara sin fruta? No,  
no pierdas tiempo, que yo  
esperando los provechos,  
he visto labrar barbechos,  
mas barbideshechos no".

REY: ¡Qué frialdad!

COQUÍN: Pues adiós, dientes.  
**Sale el infante don ENRIQUE**

ENRIQUE: Dadme vuestra mano.

REY: Infante,  
¿cómo estáis?

ENRIQUE: Tengo salud,  
contento de que se halle  
vuestra majestad con ella;  
y esto, señor, a una parte.

Don Arias...

REY: Don Arias es  
vuestra privanza. Sacalde  
de la prisión, y haced vos,  
Enrique, esas amistades,  
y agradézcenos la vida.

ENRIQUE: La tuya los cielos guarden;  
y heredero de ti mismo,  
apuestes eternidades  
con el tiempo.

**Vase el REY**

Iréis, don Diego,  
a la torre, y al alcaide  
le diréis que traiga aquí  
los dos presos.

**Vase don DIEGO**

(¡Cielos, dadme

**Aparte**

paciencia en tales desdichas,  
y prudencia en tales males).  
Coquín, ¿tú estabas aquí?

COQUÍN: Y más me valiera en Flandes.

ENRIQUE: ¿Cómo?

COQUÍN: El rey es un prodigio  
de todos los animales.

ENRIQUE: ¿Por qué?

COQUÍN: La Naturaleza  
permite que el toro brame,  
ruja el león, muja el buey,  
el asno rebuzne, el ave  
cante, el caballo relinche,  
ladre el perro, el gato maye,  
aulle el lobo, el lechón gruña,  
y sólo permitió dalle  
risa al hombre, y Aristóteles  
risible animal le hace,

por definición perfecta;  
y el rey, contra el orden y arte,  
no quiere reírse. Déme  
el cielo, para sacarle  
risa, todas las tenazas  
del buen gusto y del donaire.

**Vase COQUÍN, y salen don GUTIERRE, don ARIAS y don DIEGO**

DIEGO: Ya, señor, están aquí  
los presos.

GUTIERRE: Danos tus plantas.

ARIAS: Hoy al cielo nos levantas.

ENRIQUE: El rey mi señor de mí  
--porque humilde le pedí  
vuestras vidas este día--  
estas amistades fía.

GUTIERRE: El honrar es dado a vos.  
**Coteja la daga que se halló con la espada del infante**  
(¿Qué es esto que miro? ¡Ay Dios!)

**Aparte**

ENRIQUE: Las manos os dad.

ARIAS: La mía  
es ésta.

GUTIERRE: Y éstos mis brazos,  
cuyo nudo y lazo fuerte  
no desatará la muerte  
sin que los haga pedazos.

ARIAS: Confirmen estos abrazos  
firme amistad desde aquí.

ENRIQUE: Esto queda bien así.  
Entrambos sois caballeros  
en acudir los primeros  
a su obligación; y así  
está bien el ser amigos

uno y otro; y quien pensare  
que no queda bien, repare  
en que ha de reñir conmigo.

GUTIERRE: A cumplir, señor, me obligo  
las amistades que juro.  
Obedeceros procuro,  
y pienso que me honraréis  
tanto, que de mí creeréis  
lo que de mí estás seguro.  
Sois fuerte enemigo vos,  
y cuando lealtad no fuera,  
por temor no me atreviera  
a romperlas, ¡vive Dios!  
Vos y yo para otros dos  
me estuviera a mí muy bien.  
Mostrara entonces también  
que sé cumplir lo que digo;  
mas con vos por enemigo,  
¿quién ha de atreverse? ¿Quién?  
Tanto enojaros temiera  
el alma cuerda y prudente,  
que a miraros solamente  
tal vez aun no me atreviera;  
y si en ocasión me viera  
de probar vuestros aceros,  
cuando yo sin conoceros  
a tal extremo llegara,  
que se muriera estimara  
la luz del sol por no veros.

ENRIQUE: (De sus quejas y suspiros  
**Aparte**  
grandes sospechas prevengo).  
Venid conmigo, que tengo  
muchas cosas que deciros,  
don Arias.

ARIAS: Iré a serviros.  
**Vanse don ENRIQUE, don DIEGO y don ARIAS**

GUTIERRE: Nada Enrique respondió;  
sin duda se convenció  
de mi razón. ¡Ay de mí!  
¿Podré ya quejarme? Sí;  
pero, consolarme, no.  
Ya estoy solo, ya bien puedo  
hablar. ¡Ay Dios!, quién supiera  
reducir sólo a un discurso,  
medir con sola una idea  
tantos géneros de agravios,  
tantos linajes de penas  
como cobardes me asaltan,  
como atrevidos me cercan.  
Agora, agora, valor,  
salga repetido en quejas,  
salga en lágrimas envuelto  
el corazón a las puertas  
del alma, que son los ojos;  
y en ocasión como ésta,  
bien podéis, ojos, llorar.  
No lo dejéis de vergüenza.  
Agora, valor, agora  
es tiempo de que se vea  
que sabéis medir iguales  
el valor y la paciencia.  
Pero cese el sentimiento,  
y a fuerza de honor, y a fuerza  
de valor, aun no me dé  
para quejarme licencia:  
"porque adula sus penas  
el que pide a la voz justicia de ellas"  
Pero vengamos al caso;  
quizá hallaremos respuesta.  
¡Oh ruego a Dios que la haya!  
¡Oh plegue a Dios que la tenga!  
Anoche llegué a mi casa,  
es verdad; pero las puertas  
me abrieron luego, y mi esposa  
estaba segura y quieta.  
En cuanto a que me avisaron  
de que estaba un hombre en ella,  
tengo disculpa en que fue  
la que me avisó ella misma;  
en cuanto a que se mató



la luz, ¿qué testigo prueba  
aquí que no pudo ser  
un caso de contingencia?  
En cuanto a que hallé esta daga,  
hay criados de quien pueda  
ser. En cuanto, ¡ay dolor mío!,  
que con la espada convenga  
del infante, puede ser  
otra espada como ella;  
que no es labor tan extraña  
que no hay mil que la parezcan.  
Y apurando más el caso,  
confieso, ¡ay de mí!, que sea  
del infante, y más confieso  
que estaba allí, aunque no fuera  
posible dejar de verle;  
mas siéndolo, ¿no pudiera  
no estar culpada Mencía?;  
que el oro es llave maestra  
que las guardas de criadas  
por instantes nos falsea.  
¡Oh cuánto me estimo haber  
hallado esta sutileza!  
Y así acortemos discursos,  
pues todos juntos se cierran  
en que Mencía es quien es,  
y soy quien soy. No hay quien pueda  
borrar de tanto esplendor  
la hermosura y la pureza.  
Pero sí puede, mal digo;  
que al sol una nube negra,  
si no le mancha, le turba,  
si no le eclipsa, le hiela.  
"¿Qué injusta ley condena  
que muera el inocente, que padezca?"  
A peligro estás, honor,  
no hay hora en vos que no sea  
crítica. En vuestro sepulcro  
vivís. Puesto que os alienta  
la mujer, en ella estáis  
pisando siempre la guesa.  
Y os he de curar, honor,  
y pues al principio muestra  
este primero accidente

tan grave peligro, sea  
la primera medicina  
cerrar al daño las puertas,  
atajar al mal los pasos.  
Y así os receta y ordena  
el médico de su honra  
primeramente la dieta  
del silencio, que es guardar  
la boca, tener paciencia.  
Luego dice que apliquéis  
a vuestra mujer finezas,  
agradados, gustos amores,  
lisonjas, que son las fuerzas  
defensibles, porque el mal  
con el despego no crezca.  
Que sentimientos, disgustos,  
celos, agravios, sospechas  
con la mujer, y más propia,  
aun más que sanan enferman.  
Esta noche iré a mi casa  
de secreto, entraré en ella,  
por ver qué malicia tiene  
el mal; y hasta apurar ésta,  
disimularé, si puedo,  
esta desdicha, esta pena,  
este rigor, este agravio,  
este dolor, esta ofensa,  
este asombro, este delirio,  
este cuidado, esta afrenta,  
estos celos...¿Celos dije?  
¡Qué mal hice! Vuelva, vuelva  
al pecho la voz; mas no,  
que si es ponzoña que engendra  
mi pecho, si no me dio  
la muerte, ¡ay de mí!, al verterla,  
al volverla a mí podrá;  
que de la víbora cuentan  
que la mata su ponzoña  
si fuera de sí la encuentra.  
¿Celos dijo? Celos dije;  
pues basta; que cuando llega  
un marido a saber que hay  
celos, faltará la ciencia;  
"y es la cura postrera

que el médico de honor hacer intenta".

**Vase don GUTIERRE, y salen don ARIAS y doña LEONOR**

ARIAS: No penséis, bella Leonor,  
que el no haberos visto fue  
porque negar intenté  
las deudas que a vuestro honor  
tengo; y acreedor a quien  
tanta deuda se previene,  
el deudor buscando viene,  
no a pagar, porque no es bien  
que necio y loco presuma  
que pueda jamás llegar  
a satisfacer y dar  
cantidad que fue tan suma;  
pero en fin, ya que no pago,  
que soy el deudor confieso;  
no os vuelvo el rostro, y con eso  
la obligación satisfago.

LEONOR: Señor don Arias, yo he sido  
la que obligada de vos,  
en las cuentas de los dos,  
más interés ha tenido.  
Confieso que me quitasteis  
un esposo a quien quería;  
mas quizá la suerte mía  
por ventura mejorasteis;  
pues es mejor que sin vida,  
sin opinión, sin honor  
viva, que no sin amor,  
de un marido aborrecida.  
Yo tuve la culpa, yo  
la pena siento, y así  
sólo me quejo de mí  
y de mi estrella.

ARIAS: Esto no;  
quitarme, Leonor hermosa,  
la culpa, es querer negar

a mis deseos lugar;  
pues si mi pena amorosa  
os significo, ella diga  
en cifra sucinta y breve  
que es vuestro amor quien me mueve,  
mi deseo quien me obliga  
a deciros que pues fui  
causa de penas tan tristes,  
si esposo por mí perdistes,  
tenzáis esposo por mí.

LEONOR: Señor, don Arias, estimo,  
como es razón, la elección;  
y aunque con tanta razón  
dentro del alma la imprimo,  
licencia me habéis de dar  
de responderos también  
que no puede estarme bien,  
no, señor, porque a ganar  
no llegaba yo infinito;  
sino porque si vos fuisteis  
quien a Gutierre le disteis  
de un mal formado delito  
la ocasión, y agora viera  
que me casaba con vos,  
fácilmente entre los dos  
de aquella sospecha hiciera  
evidencia; y disculpado,  
con demostración tan clara,  
con todo el mundo quedara  
de haberme a mí despreciado;  
y yo estimo de manera  
el quejarme con razón,  
que no he de darlo ocasión  
a la disculpa primera;  
porque si en un lance tal  
le culpa cuantos le ven,  
no han de pensar que hizo bien  
quien yo pienso que hizo mal.

ARIAS: Frívola respuesta ha sido  
la vuestra, bella Leonor;  
pues cuando de antiguo amor  
os hubiera convencido

la experiencia, ella también  
disculpa en la enmienda os da.  
¿Cuántos peor os estará  
que tenga por cierto quien  
imaginó vuestro agravio,  
y no le constó después  
la satisfacción?

LEONOR: No es  
amante prudente y sabio,  
don Arias, quien aconseja  
lo que en mi daño se ve;  
pues si agravio entonces fue,  
no por eso agora deja  
de ser agravio también;  
y peor cuanto haber sido  
de imaginado a creído;  
y a vos no os estará bien  
tampoco.

ARIAS: Como yo sé  
la inocencia de ese pecho  
en la ocasión, satisfecho  
siempre de vos estaré.  
En mi vida he conocido  
galán necio, escrupuloso,  
y con extremo celoso,  
que en llegando a ser marido  
no le castiguen los cielos.  
Gutierre pudiera bien  
decirlo, Leonor; pues quien  
levantó tantos desvelos  
de un hombre en la ajena casa,  
extremos pudiera hacer  
mayores, pues llega a ver  
lo que en la propia le pasa.

LEONOR: Señor don Arias, no quiero  
escuchar lo que decís;  
que os engañáis, o mentís,

don Gutierre es caballero  
 que en todas las ocasiones,  
 con obrar, y con decir,  
 sabrá, vive Dios, cumplir  
 muy bien sus obligaciones;  
 y es hombre cuya cuchilla  
 o cuyo consejo sabio,  
 sabrá no sufrir su agravio  
 ni a un infante de Castilla.  
 Si pensáis vos que con eso  
 mis enojos aduláis,  
 muy mal, don Arias, pensáis;  
 y si la verdad confieso,  
 mucho perdisteis conmigo;  
 pues si fuerais noble vos,  
 no habláredes, vive Dios,  
 así de vuestro enemigo.  
 Y yo, aunque ofendida estoy,  
 y aunque la muerte le diera  
 con mis manos, si pudiera,  
 no le murmurara hoy  
 en el honor, desleal;  
 sabed, don Arias, que quien  
 una vez le quiso bien,  
 no se vengará en su mal.

**Vase doña LEONOR**

ARIAS: No supe qué responder.  
 Muy grande ha sido mi error,  
 pues en escuelas de honor  
 arguyendo una mujer  
 me convence. Iré al infante,  
 y humilde le rogaré  
 que de estos cuidado dé  
 parte ya de aquí adelante  
 a otro; y porque no lo yerre,  
 ya que el día va a morir,  
 me ha de matar, o no ha de ir  
 en casa de don Gutierre.

**Vase don ARIAS. Sale don GUTIERRE,  
 como quien salta unas tapias**

GUTIERRE: En el mudo silencio  
 de la noche, que adoro y reverencio,

por sombra aborrecida,  
 como sepulcro de la humana vida,  
 de secreto he venido  
 hasta mi casa, sin haber querido  
 avisar a Mencía  
 de que ya libertad del rey tenía,  
 para que descuidada  
 estuviese, ¡ay de mí!, de esta jornada.  
 Médico de mi honra  
 me llamo, pues procuro mi deshonra  
 curar; y así he venido  
 a visitar mi enfermo, a hora que ha sido  
 de ayer la misma, ¡cielos!,  
 y a ver si el accidente de mis celos  
 a su tiempo repite,  
 el dolor mis intentos facilite.  
 Las tapias de la huerta  
 salté, porque no quise por la puerta  
 entrar. ¡Ay Dios, qué introducido engaño  
 es en el mundo no querer su daño  
 examinar un hombre,  
 sin que el recelo ni el temor le asombre!  
 Dice mal quien lo dice;  
 que no es posible, no, que un infelice  
 no llore sus desvelos.  
 Mintió quien dijo que calló con celos,  
 o confiésemme aquí que no los siente.  
 Mas ¡sentir y callar!. Otra vez miente.  
 Éste es el sitio donde  
 suele de noche estar; aun no responde  
 el eco entre estos ramos.  
 Vamos pasito, honor, que ya llegamos;  
 que en estas ocasiones  
 tienen los celos pasos de ladrones.  
**Descubre una cortina donde está  
 durmiendo doña MENCÍA**  
 ¡Ay, hermosa Mencía,  
 qué mal tratas mi amor, y la fe mía!  
 Volverme otra vez quiero.  
 Bueno he hallado mi honor, hacer no quiero  
 por agora otra cura,  
 pues la salud en él está segura.  
 Pero ¿ni una criada  
 la acompaña? ¿Si acaso retirada

aguarda...? ¡Oh pensamiento  
injusto! ¡Oh vil temor! ¡Oh infame aliento!  
Ya con esta sospecha  
no he de volverme; y pues que no aprovecha  
tan grave desengaño,  
apuremos de todo en todo el daño.  
Mato la luz, y llego  
sin luz y sin razón, dos veces ciego;  
pues bien encubrir puedo  
el metal de la voz, hablando quedo.  
¡Mencia!  
**Despiértala**

MENCÍA: ¡Ay Dios! ¿Qué es esto?

GUTIERRE: No des voces.

MENCÍA: ¿Quién es?

GUTIERRE: Yo soy, mi bien. ¿No me conoces?

MENCÍA: Sí, señor; que no fuera  
otro tan atrevido...

GUTIERRE: (Ella me ha conocido).  
**Aparte**

MENCÍA: ...que así hasta aquí viniera.  
¿Quién hasta aquí llegara  
que no fuéades vos, que no dejara  
en mis manos la vida,  
con valor y con honra defendida?

GUTIERRE: (¡Qué dulce desengaño!  
**Aparte**  
¡Bien haya, Amor, el que apuró su daño!)  
Mencia, no te espantes de haber visto  
tal extremo.



MENCÍA: ¡Qué mal, temor, resisto  
el sentimiento!

GUTIERRE: Mucha razón tiene  
tu valor.

MENCÍA: ¿Qué disculpa me previene...

GUTIERRE: Ninguna.

MENCÍA: ...de venir así tu alteza?

GUTIERRE: (¡Tu alteza! No es conmigo, ¡ay Dios!  
¿Qué escucho?  
Con nuevas dudas lucho.  
¡Qué pesar! ¡Qué desdicha! ¡Qué tristeza!)

MENCÍA: ¿Segunda vez pretende ver mi muerte?  
¿Piensa que cada día...

GUTIERRE: (¡Oh trance fuerte!)

MENCÍA: ...puede esconderse...

GUTIERRE: (¡Cielos!)

MENCÍA: ...y matando la luz...

GUTIERRE: (¡Matadme, celos!)

MENCÍA: ...salir a riesgo mío  
delante de Gutierre?

GUTIERRE: (Desconfío  
de mí, pues que dilato  
morir, y con mi aliento no la mato.  
El venir no ha extrañado  
el infante, ni de él se ha recatado,  
sino sólo ha sentido  
que en ocasión se ponga, ¡estoy perdido!,  
de que otra vez se esconda.

¡Mi venganza a mi agravio corresponda!

MENCÍA: Señor, vuélvase luego.

GUTIERRE: ¡Ay, Dios! Todo soy rabia, y todo fuego.

MENCÍA: Tu alteza así otra vez no llegue a verse.

GUTIERRE: ¿Que por eso no más ha de volverse?

MENCÍA: Mirad que es hora que Gutierre venga.

GUTIERRE: (¿Habrán en el mundo quien paciencia tenga?  
Sí, si prudente alcanza  
oportuna ocasión a su venganza).  
No vendrá; yo le dejo entretenido;  
y guárdame un amigo  
las espaldas el tiempo que conmigo  
estáis. Él no vendrá, yo estoy seguro.

**Sale JACINTA**

JACINTA: Temerosa procuro  
ver quién hablaba aquí.

MENCÍA: Gente he sentido.

GUTIERRE: ¿Qué haré?

MENCÍA: ¿Qué? Retirarte,  
no a mi aposento, sino a otra parte.  
**Vase don GUTIERRE detrás del paño**  
¡Hola!

JACINTA: ¿Señora?

MENCÍA: El aire que corría  
entre estos ramos mientras yo dormía,  
la luz ha muerto; luego  
traed luces.  
**Vase JACINTA**

GUTIERRE: (Encendidas en mi fuego.

**Aparte**

Si aquí estoy escondido,  
han de verme, y de todas conocido,  
podrá saber Mencía  
que he llegado a entender la pena mía;  
y porque no lo entienda,  
y dos veces me ofenda,  
una con tal intento,  
y otra pensando que lo sé y consiento,  
dilatando su muerte,  
he de hacer la deshecha de esta suerte).

**Dice dentro**

¡Hola! ¿Cómo está aquí de esta manera?

MENCÍA: Éste es Gutierre; otra desdicha espera  
mi espíritu cobarde.

GUTIERRE: ¿No han encendido luces, y es tan tarde?

**Sale JACINTA con luz, y don GUTIERRE por otra puerta  
de donde se escondió**

JACINTA: Ya la luz está aquí.

GUTIERRE: ¡Bella Mencía!

MENCÍA: ¡Oh mi esposo! ¡Oh mi bien! ¡Oh gloria mía!

GUTIERRE: (¡Qué fingidos extremos)

**Aparte**

Mas, alma y corazón, disimulemos).

MENCÍA: Señor, ¿por dónde entrasteis?

GUTIERRE: Por esa huerta,  
con la llave que tengo, abrí la puerta.  
Mi esposa, mi señora,  
¿en qué te entretenías?

MENCÍA: Vine agora  
a este jardín, y entre estas fuentes puras,

dejóme el aire a oscuras.

GUTIERRE: No me espanto, bien mío;  
que el aire que mató la luz, tan frío  
corre, que es un aliento  
respirado del céfiro violento,  
y que no sólo advierte  
muerte a las luces, a las vidas muerte,  
y pudieras dormida  
a sus soplos también perder la vida.

MENCÍA: Entenderte pretendo,  
y aunque más lo procuro, no te entiendo.

GUTIERRE: ¿No has visto ardiente llama  
perder la luz al aire que la hiere,  
y que a este tiempo de otra luz inflama  
la pavesa? Una vive y otra muere  
a sólo un soplo. Así, de esta manera,  
la lengua de los vientos lisonjera  
matarte la luz pudo,  
y darme luz a mí.

MENCÍA: (El sentido dudo).  
**Aparte**  
Parece que celoso  
hablas en dos sentidos.

GUTIERRE: (Riguroso  
**Aparte**  
es el dolor de agravios;  
mas con celos ningunos fueron sabios).  
¿Celoso? ¿Sabes tú lo que son celos?  
Que yo no sé qué son, ¡viven los cielos!  
porque si lo supiera,  
y celos...

MENCÍA: ¡Ay de mí!

GUTIERRE: ...llegar pudiera  
a tener... ¿qué son celos?  
átomos, ilusiones y desvelos...  
no más que de una esclava, una criada,

por sombra imaginada,  
con hechos inhumanos,  
a pedazos sacara con mis manos  
el corazón, y luego  
envuelto en sangre, desatado en fuego,  
el corazón comiera  
a bocados, la sangre me bebiera,  
el alma le sacara,  
y el alma, ¡vive Dios!, despedazara,  
si capaz de dolor el alma fuera.  
¿Pero cómo hablo yo de esta manera?

MENCÍA: Temor al alma ofreces.

GUTIERRE: ¡Jesús, Jesús mil veces!  
¡Mi bien, mi esposa, cielo, gloria mía!  
¡Ah mi dueño! ¡Ah Mencia!  
Perdona, por tus ojos,  
esta descompostura, estos enojos;  
que tanto un fingimiento  
fuera de mí llevó mi pensamiento;  
y vete, por tu vida; que prometo  
que te miro con miedo y con respeto,  
corrido de este exceso.  
¡Jesús! No estuve en mí, no tuve seso.

MENCÍA: (Miedo, espanto, temor y horror tan fuerte.  
parasismos han sido de mi muerte).

GUTIERRE: (Pues médico me llamo de mi honra,  
yo cubriré con tierra mi deshonra).

**Vanse todos**

Fin del segundo acto

## ACTO TERCERO

**Sale todo el acompañamiento, y don GUTIERRE y el REY**

GUTIERRE: Pedro, a quien el indio polo  
coronar de luz espera,  
hablarte a solas quisiera.

REY: Idos todos.  
**Vase el acompañamiento**  
Ya estoy solo.

GUTIERRE: Pues a ti, español Apolo,  
a ti, castellano Atlante,  
en cuyos hombros, constante,  
se ve durar y vivir  
todo un orbe de zafir,  
todo un globo de diamante;  
a ti, pues, rindo en despojos  
la vida mal defendida  
de tantas penas, si es vida  
vida con tantos enojos.  
No te espantes que los ojos  
también se quejan, señor;  
que dicen que amor y honor  
pueden, sin que a nadie asombre,  
permitir que lllore un hombre;  
y yo tengo honor y amor.  
Honor, que siempre he guardado  
como noble y bien nacido,  
y amor que siempre he tenido  
como esposo enamorado;  
adquirido y heredado  
uno y otro en mí se ve,  
hasta que tirana fue  
la nube, que turbar osa  
tanto esplendor en mi esposa,  
y tanto lustre en su fe.  
No sé cómo signifique  
mi pena; turbado estoy...  
y más cuando a decir voy  
que fue vuestro hermano Enrique  
contra quien pido se aplique

de esa justicia el rigor;  
no porque sepa, señor,  
que el poder mi honor contrasta;  
pero imaginarlo basta,  
quien sabe que tiene honor.  
La vida de vos espero  
de mi honra; así la curo  
con prevención, y procuro  
que ésta la sane primero;  
porque si en rigor tan fiero  
malicia en el mal hubiera,  
junta de agravios hiciera,  
a mi honor desahuciera,  
con la sangre le lavara,  
con la tierra le cubriera.  
No os turbéis; con sangre digo  
solamente de mi pecho.  
Enrique, está satisfecho  
que está seguro conmigo;  
y para esto hable un testigo;  
esta daga, esta brillante  
lengua de acero elegante,  
suya fue; ved este día  
si está seguro, pues fía  
de mí su daga el infante.

REY: Don Gutierre, bien está;  
y quien de tan invencible  
honor corona las sienas,  
que con los rayos compiten  
del sol, satisfecho viva  
de que su honor...

GUTIERRE: No me obligue  
vuestra majestad, señor,  
a que piense que imagine  
que yo he menester consuelos  
que mi opinión acrediten.  
¡Vive Dios!, que tengo esposa  
tan honesta, casta y firme  
que deja atrás las romanas

Lucrecia, Porcia y Tomiris.  
Ésta ha sido prevención  
solamente.

REY: Pues decidme;  
para tantas prevenciones,  
Gutierre, ¿qué es lo que visteis?

GUTIERRE: Nada; que hombres como yo  
no ven. Basta que imaginen,  
que sospechen, que prevengan,  
que recelen, que adivinen,  
que... no sé como lo diga;  
que no hay voz que signifique  
una cosa, que no sea  
un átomo invisible.  
Sólo a vuestra majestad  
dí parte, para que evite  
el daño que no hay; porque  
si le hubiera, de mi fie  
que yo le diera el remedio  
en vez, señor, de pedirle.

REY: Pues ya que de vuestro honor  
médico os llamáis, decidme,  
don Gutierre, ¿qué remedios  
antes del último hicisteis?

GUTIERRE: No pedí a mi mujer celos,  
y desde entonces la quise  
más; vivía en una quinta  
deleitosa y apacible;  
y para que no estuviera  
en las soledades triste,  
truje a Sevilla mi casa,  
y a vivir en ella vine,  
adonde todo lo goza,  
sin que nada a nadie envidie;  
porque males tratamientos  
son para maridos viles  
que pierden a sus agravios  
el miedo, cuando los dicen.



REY: El infante viene allí,  
y si aquí os ve, no es posible  
que deje de conocer  
las quejas que de él me disteis.  
Mas acuérdome que un día  
me dieron con voces tristes  
quejas de vos, y yo entonces  
detrás de aquellos tapices  
escondí a quien se quejaba;  
y en el mismo caso pide  
el daño el propio remedio,  
pues al revés lo repite.  
Y así quiero hacer con vos  
lo mismo que entonces hice;  
pero con un orden más,  
y es que nada aquí os obligue  
a descubriros. Callad  
a cuanto viereis.

GUTIERRE: Humilde  
estoy, señor, a tus pies.  
Seré el pájaro que fingen  
con una piedra en la boca.  
**Escóndese. Sale el infante don ENRIQUE**

REY: Vengáis norabuena, Enrique,  
aunque mala habrá de ser,  
pues me halláis...

ENRIQUE: ¡Ay de mí triste!

REY: ...enojado.

ENRIQUE: Pues, señor,  
¿con quién lo estáis, que os obligue?

REY: Con vos, infante, con vos.

ENRIQUE: Será mi vida infelice;  
si enojado tengo al sol,

veré mi mortal eclipse.

REY: ¿Vos, Enrique, no sabéis  
que más de un acero tiñe  
el agravio en sangre real?

ENRIQUE: Pues, ¿por quién, señor, lo dice  
vuestra majestad?

REY: Por vos  
lo digo, por vos, Enrique.  
El honor es reservado  
lugar, donde el alma asiste;  
yo no soy rey de las almas;  
harto en esto sólo os dije.

ENRIQUE: No os entiendo.

REY: Si a la enmienda  
vuestro amor no se apercibe,  
dejando vanos intentos  
de bellezas imposibles,  
donde el alma de un vasallo  
con ley soberana vive,  
podrá ser de mi justicia  
aun mi sangre no se libre.

ENRIQUE: Señor, aunque tu precepto  
es ley que tu lengua imprime  
en mi corazón, y en él  
como en el bronce se escribe,  
escucha disculpas mías;  
que no será bien que olvides  
que con iguales orejas  
ambas partes han de oírse.  
Yo, señor, quise a una dama  
--que ya sé por quién lo dices,  
si bien con poca ocasión--;  
en efeto, yo la quise  
tanto...

REY: ¿Qué importa, si ella

es beldad tan imposible?

ENRIQUE: Es verdad, pero...

REY: Callad.

ENRIQUE: Pues, señor, ¿no me permites disculparme?

REY: No hay disculpa;  
que es belleza que no admite  
objección.

ENRIQUE: Es cierto, pero  
el tiempo todo lo rinde,  
el amor todo lo puede.

REY: (¡Válgame Dios, qué mal hice  
**Aparte**  
en esconder a Gutierre!)  
Callad, callad.

ENRIQUE: No te incites  
tanto contra mí, ignorando  
la causa que a esto me obligue.

REY: Yo lo sé todo muy bien.  
(¡Oh qué lance tan terrible!)  
**Aparte**

ENRIQUE: Pues yo, señor, he de hablar.  
En fin, doncella la quise.  
¿Quién, decid, agravió a quién?  
¿Yo a un vasallo...

GUTIERRE: (¡Ay infelice!)  
**Aparte**

ENRIQUE: ...que antes que fuese su esposa  
fue...?

REY: No tenéis qué decirme.

Callad, callad, que ya sé  
que por disculpa fingisteis  
tal quimera. Infante, infante,  
vamos mediando los fines.  
¿Conocéis aquesta daga?

ENRIQUE: Sin ella a palacio vine  
una noche.

REY: ¿Y no sabéis  
dónde la daga perdisteis?

ENRIQUE: No, señor.

REY: Yo sí, pues fue  
adonde fuera posible  
mancharse con sangre vuestra,  
a no ser el que la rige  
tan noble y leal vasallo.  
¿No veis que venganza pide  
el hombre que aun ofendido,  
el pecho y las armas rinde?  
¿Veis este puñal dorado?  
Geroglífico es que dice  
vuestro delito; a quejarse  
viene de vos. Yo he de oírle.  
Tomad su acero, y en él  
os mirad. Veréis, Enrique,  
vuestros defetos.

ENRIQUE: Señor,  
considera que me riñes  
tan severo, que turbado...

REY; Tomad la daga...  
**Dale la daga, y al tomarla, turbado, el infante corta al REY la  
mano**  
¿Qué hiciste,  
traidor?

ENRIQUE: ¿Yo?

REY: ¿De esta manera  
tu acero en mi sangre tiñes?  
¿Tú la daga que te di  
hoy contra mi pecho esgrimes?  
¿Tú me quieres dar la muerte?

ENRIQUE: Mira, señor, lo que dices;  
que yo turbado...

REY: ¿Tú a mí  
te atreves? ¡Enrique, Enrique!  
Detén el puñal, ya muero.

ENRIQUE: ¿Hay confusiones más tristes?  
**Cáesele la daga al infante don ENRIQUE**  
Mejor es volver la espalda,  
y aun ausentarme y partirme  
donde en mi vida te vea,  
porque de mí no imagines  
que pudo verter tu sangre  
yo, mil veces infelice.  
**Vase**

REY: ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?  
¡Ah, qué aprensión insufrible!  
Bañado me vi en mi sangre;  
muerto estuve. ¿Qué infelice  
imaginación me cerca,  
que con espantos horribles  
y con helados temores  
el pecho y el alma oprime?  
Ruego a Dios que estos principios  
no lleguen a tales fines,  
que con diluvios de sangre  
el mundo se escandalice.  
**Vase por otra puerta el REY, y sale don GUTIERRE**

GUTIERRE: Todo es prodigios el día.  
Con asombros tan terribles,  
de que yo estaba escondido  
no es mucho que el rey se olvide

¡Válgame Dios! ¿Qué escuché?  
Mas ¿para qué lo repite  
la lengua, cuando mi agravio  
con mi desdicha se mide?  
Arranquemos de una vez  
de tanto mal las raíces.  
Muera Mencía; su sangre  
bañe el lecho donde asiste;  
y pues aqieste puñal

**Levántale**

hoy segunda vez me rinde  
el infante, con él muera.  
Mas no es bien que lo publique;  
porque si sé que el secreto  
altas victorias consigue,  
y que agravio que es oculto  
oculta venganza pide,  
muera Mencía de suerte  
que ninguno lo imagine.  
Pero antes que llegue a esto,  
la vida el cielo me quite,  
porque no vea tragedias  
de un amor tan infelice.  
¿Para cuándo, para cuándo  
esos azules viriles  
guardan un rayo? ¿No es tiempo  
de que sus puntas se vibren,  
preciando de tan piadosos?  
¿No hay, claros cielos decidme,  
para un desdichado muerte?  
¿No hay un rayo para un triste?

**Vase don GUTIERRE. Salen doña MENCÍA y JACINTA**

JACINTA: Señora,  
¿qué  
tristeza  
turba la  
admiración  
a tu belleza,  
que la  
noche y el  
día  
no haces

sino llorar?

MENCÍA: La pena  
mía  
no se rinde  
a razones.  
En una  
confusión  
de  
confusiones  
,  
ni medidas,  
ni cuerdas,  
desde la  
noche  
triste, si te  
acuerdas,  
que  
viviendo en  
la quinta,  
te dije que  
conmigo  
había,  
Jacinta,  
hablando  
don Enrique  
--no sé  
como mi  
mal te  
signifique--  
y tú  
después  
dijiste que  
no era  
posible,  
porque  
afuera,  
a aquella  
misma hora  
que yo digo,  
el infante  
también  
habló  
contigo,

estoy triste  
y dudosa,  
confusa,  
divertida y  
temerosa,  
pensando  
que no  
fuese  
Gutierre  
quien  
conmigo  
habló.

JACINTA: ¿Pues ése  
es engaño  
que pudo  
suceder?

MENCÍA: Sí, Jacinta,  
que no  
dudo  
que de  
noche, y  
hablando  
quedo, y yo  
tan turbada,  
imaginando  
en él  
mismo,  
venía;  
bien tal  
engaño  
suceder  
podía.  
Con esto el  
verle agora  
conmigo  
alegre, y  
que consigo  
llora  
--porque al  
fin los  
enajos,  
que son



grandes  
amigos de  
los ojos,  
no les  
encubren  
nada--  
me tiene  
en tantas  
penas  
anegada.  
**Sale**  
**COQUÍN**

COQUÍN: Señora.

MENCÍA: ¿Qué hay  
de nuevo?

COQUÍN: apenas a  
contártelo  
me atrevo;  
don  
Enrique el  
infante...

MENCÍA: Tente,  
Coquín, no  
pases  
adelante;  
que su  
nombre, no  
más, me  
causa  
espanto;  
tanto le  
temo, o le  
aborrezco  
tanto.

COQUÍN: No es de  
amor el  
suceso,  
y por eso lo

digo.

MENCÍA: Y yo por  
eso  
lo  
escucharé.

COQUÍN: El infante,  
que fue,  
señora, tu  
imposible  
amante,  
con don  
Pedro su  
hermano  
hoy un  
lance ha  
tenido --  
pero en  
vano  
contártele  
pretendo,  
por no  
saberle  
bien, o  
porque  
entiendo  
que no son  
justas leyes  
que  
hombres de  
burlas  
hablen de lo  
reyes--  
esto  
aparte, en  
efeto,  
Enrique me  
llamó, y con  
gran  
secreto  
dijo: "A  
doña  
Mencía

este recado  
da de parte  
mía;  
que su  
desdén  
tirano  
me ha  
quitado la  
gracia de mi  
hermano,  
y huyendo  
de esta  
tierra,  
hoy a la  
ajena patria  
me  
destierra,  
donde vivir  
no espero  
pues de  
Mencía  
aborrecido  
muero."

MENCÍA: ¿Por mí el  
infante  
ausente,  
sin la gracia  
del rey?  
¡Cosa que  
intente  
con  
novedad  
tan grande,  
que mi  
opinión en  
voz del  
vulgo ande!  
¿Qué haré,  
cielos?

JACINTA: Agora  
el remedio  
mejor será,

señora,  
prevenir  
este daño.

COQUÍN: ¿Como  
puede?

JACINTA: Rogándole  
al infante  
que se  
quede;  
pues si una  
vez se  
ausenta,  
como  
dicen, por  
ti, será tu  
afrenta  
pública,  
que no es  
cosa  
la ausencia  
de un  
infante tan  
dudosa  
que no se  
diga luego  
cómo, y  
por qué.

COQUÍN: ¿Pues cuándo oirá ese ruego,  
si, calzada la espuela,  
ya en su imaginación Enrique vuela?

JACINTA: Escribiéndole agora  
un papel, en que diga mi señora  
que a su opinión conviene  
que no se ausente; pues para eso tiene  
lugar, si tú le llevas.

MENCÍA: Pruebas de honor son peligrosas pruebas;  
pero con todo quiero  
escribir el papel, pues considero,  
y no con necio engaño,  
que es de dos daños éste el menor daño,  
si hay menor en los daños que recibo.  
Quedaos aquí los dos mientras yo escribo.  
**Vase MENCÍA**

JACINTA: ¿Qué tienes estos días,  
Coquín, que andas tan triste? ¿No solías  
ser alegre? ¿Qué efeto  
te tiene así?

COQUÍN: Metíme a ser discreto  
por mi mal, y hame dado  
tan grande hipocondría en este lado  
que me muero.

JACINTA: ¿Y qué es hipocondría?

COQUÍN: Es una enfermedad que no la había  
habrá dos años, ni en el mundo era.  
Usóse poco ha, y de manera  
lo que se usa, amiga, no se excusa,  
que una dama, sabiendo que se usa  
le dijo a su galán muy triste un día;  
"Tráigame un poco uced de hipocondría."  
Mas señor entra agora.

JACINTA: ¡Ay Dios! Voy a avisar a mi señora.  
**Sale don GUTIERRE**

GUTIERRE: Tente, Jacinta, espera.  
¿Dónde corriendo vas de esa manera?

JACINTA: Avisar pretendía  
a mi señora de que venía  
tu persona.

GUTIERRE: (¡Oh criados!  
**Aparte**  
En efeto, enemigos no excusados;

turbados de temor los dos se han puesto).  
Ven acá, dime tú lo que hay en esto;  
dime, ¿Por qué corrías?

JACINTA: Sólo por avisar de que venías,  
señor, a mi señora.

GUTIERRE: (Los labios sella. Aparte  
Mas de éste lo sabré mejor que de ella).  
Coquín, tú me has servido  
noble siempre, en mi casa te has criado.  
A ti vuelvo rendido.  
Dime, dime por Dios, lo que ha pasado.

COQUÍN: Señor, si algo supiera,  
de lástima no más te lo dijera.  
¡Plegue a Dios, mi señor...!

GUTIERRE: ¡No, no des voces!  
Di ¿a qué aquí te turbaste?

COQUÍN: Somos de buen turbar; mas esto baste.

GUTIERRE: (Señas los dos se han hecho.

**Aparte**

Ya no son cobardías de provecho).  
Idos de aquí los dos.

**Vanse COQUÍN y JACINTA** Solos estamos,  
honor, lleguemos ya; desdicha, vamos.  
¿Quién vio en tantos enojos  
matar las manos, y llorar los ojos?

**Descubre a doña MENCÍA escribiendo**

Escribiendo Mencía  
está; ya es fuerza ver lo que escribía.

**Quítale el papel**

MENCÍA: ¡Ay Dios! ¡Válgame el cielo!  
Ella se desmaya

GUTIERRE: Estatua viva se quedó de hielo.  
**Lee** "Vuestra alteza, señor...--¡Que por alteza  
vino mi honor a dar a tal bajeza!--  
no se ausente..." Detente,  
voz; pues le ruega aquí que no se ausente,

a tanto mal me ofrezco,  
 que casi las desdichas me agradezco.  
 ¿Si aquí le doy la muerte?  
 Mas esto ha de pensarse de otra suerte.  
 Despediré criadas y criados;  
 solos han de quedarse mis cuidados  
 conmigo; y ya que ha sido  
 Mencía la mujer que yo he querido  
 más en mi vida, quiero  
 que en el último vale, en el postrero  
 parasismo, me deba  
 la más nueva piedad, la acción más nueva;  
 ya que la cura he de aplicar postrera,  
 no muera el alma, aunque la vida muera.

**Vase don GUTIERRE. Va volviendo en sí doña MENCÍA**

MENCÍA: Señor, detén la espada,  
 no me juzgues culpada.  
 El cielo sabe que inocente muero.  
 ¿qué fiera mano, qué sangriento acero  
 en mi pecho ejecutas? ¡Tente, tente!  
 Una mujer no mates inocente.  
 Mas, ¿qué es esto? ¡Ay de mí!  
 ¿No estaba agora Gutierre aquí?  
 ¿No veía--¿quién lo ignora?--  
 que en mi sangre bañada  
 moría, en rubias ondas anegada?  
 ¡Ay Dios, este desmayo  
 fue de mi vida aquí mortal ensayo!  
 ¡Qué ilusión! Por verdad lo dudo y creo.  
 El papel romperé... ¿Pero qué veo?  
 De mi esposo es la letra, y de esta suerte  
 la sentencia me intima de mi muerte.

**Lee**

"El amor te adora, el honor te aborrece; y  
 así el uno te mata, y el otro te avisa.  
 Dos horas tienes de vida; cristiana eres,  
 salva el alma, que la vida es imposible."  
 ¡Válgame Dios! ¡Jacinta, hola!  
 ¿Qué es esto?  
 ¿Nadie responde? ¡Otro temor funesto!

¿No hay ninguna criada?  
Mas, ¡ay de mí!, la puerta está cerrada.  
Nadie en casa me escucha.  
Mucha es mi turbación, mi pena es mucha.  
De estas ventanas son los hierros rejas,  
y en vano a nadie le diré mis quejas,  
que caen a unos jardines, donde apenas  
habrá quien oiga repetidas penas.  
¿Dónde iré de esta suerte,  
tropezando en la sombra de mi muerte?  
**Vase doña MENCÍA. Salen el REY, y don DIEGO**

- REY: En fin, ¿Enrique se fue?
- DIEGO: Sí, señor; aquesta tarde  
salió de Sevilla.
- REY: Creo  
que ha presumido arrogante  
que él solamente de mí  
podrá en el mundo librarse.  
¿Y dónde va?
- DIEGO: Yo presumo  
que a Consuegra.
- REY: Está el infante  
maestre allí, y querrán los dos  
a mis espaldas vengarse  
de mí.
- DIEGO: Tus hermanos son,  
y es forzoso que te amen  
como a hermano, y como a rey  
te adoren. Dos naturales  
obediencias son.
- REY: Y Enrique,  
¿quién lleva que le acompañe?
- DIEGO: Don Arias.



REY: Es su privanza.

DIEGO: Música hay en esta calle.

REY: Vámonos llegando a ellos;  
quizá con lo que cantaren  
me divertiré.

DIEGO: La música  
es antídoto a los males.

**Cantan**

MÚSICOS: "El infante don Enrique  
hoy se despidió del rey;  
su pesadumbre y su ausencia  
quiera Dios que pare en bien."

REY: ¡Qué triste voz! Vos, don Diego,  
echad por aquesa calle,  
no se nos escape quien  
canta desatinos tales.

**Vase cada uno por su puerta,  
y salen don GUTIERRE y LUDOVICO, cubierto el rostro**

GUTIERRE: Entra, no tengas temor;  
que ya es tiempo que destape  
tu rostro, y encubra el mío.

LUDOVICO: ¡Válgame Dios!

GUTIERRE: No te espante  
nada que vieres.

LUDOVICO: Señor,  
de mi casa me sacasteis  
esta noche; pero apenas  
me tuvisteis en la calle  
cuando un puñal me pusisteis  
al pecho, sin que cobarde

vuestro intento resistiese,  
que fue cubrirme y taparme  
el rostro, y darme mil vueltas  
luego a mis propios umbrales.  
Dijisteis más, que mi vida  
estaba en no destaparme;  
un hora he andado con vos,  
sin saber por dónde ande.  
Y con ser la admiración  
de aqueste caso tan grave,  
más me turba y me suspende  
impensadamente hallarme  
en una casa tan rica,  
sin ver que la habite nadie  
sino vos, habiéndoos visto  
siempre ese embozo delante.  
¿Qué me queréis?

GUTIERRE: Que te esperes  
aquí sólo un breve instante.  
**Vase don GUTIERRE**

LUDOVICO: ¿Qué confusiones son éstas,  
que a tal extremo me traen?  
¡Válgame Dios!  
**Vuelve don GUTIERRE**

GUTIERRE: Tiempo es ya  
de que entres aquí; mas antes  
escúchame. Aqueste acero  
será de tu pecho esmalte,  
si resistes lo que yo  
tengo agora de mandarte.  
Asómate a ese aposento.  
¿Qué ves en él?

LUDOVICO: Una imagen  
de la muerte, un bulto veo,  
que sobre una cama yace;  
del velas tiene a los lados,  
y un crucifijo delante.  
Quién es no puedo decir,  
que con unos tafetanes

el rostro tiene cubierto.

GUTIERRE: Pues a ese vivo cadáver  
que ves, has de dar la muerte.

LUDOVICO: Pues ¿qué quieres?

GUTIERRE: Que la sangres,  
y la dejes, que rendida  
a su violencia desmaye  
la fuerza, y que en tanto horror  
tú atrevido la acompañes,  
hasta que por breve herida  
ella expire y se desangre.  
No tienes a qué apelar,  
si buscas en mí piedades,  
sino obedecer, si quieres  
vivir.

LUDOVICO: Señor, tan cobarde  
te escucho, que no podré  
obedecerte.

GUTIERRE: Quien hace  
por consejos rigurosos  
mayores temeridades,  
darte la muerte sabrá.

LUDOVICO: Fuerza es que mi vida guarde.

GUTIERRE: Y haces bien, porque en el mundo  
ya hay quien viva porque mate.  
Desde aquí te estoy mirando,  
Ludovico. Entra delante.

**Vase LUDOVICO**

Éste fue el más fuerte medio  
para que mi afrenta acabe  
disimulada, supuesto  
que el veneno fuera fácil  
de averiguar, las heridas

imposibles de ocultarse.  
Y así, constando la muerte,  
y diciendo que fue lance  
forzoso hacer la sangría,  
ninguno podrá probarme  
lo contrario, si es posible  
que una venda se desate.  
Haber traído a este hombre  
con recato semejante  
fue bien; pues si descubierto  
viniera, y viera sangrarse  
una mujer, y por fuerza,  
fuera presunción notable.  
Éste no podrá decir,  
cuando cuente a queste trance,  
quién fue la mujer; demás  
que, cuando de aquí le saque,  
muy lejos ya de mi casa,  
estoy dispuesto a matarle.  
Médico soy de mi honor,  
la vida pretendo darle  
con una sangría; que todos  
curan a cosa de sangre.  
**Vase don GUTIERRE. Salen el REY y don DIEGO,  
cada uno por su puerta; y cantan dentro**

MÚSICOS: "Para Consuegra camina,  
donde piensa que han de ser  
teatro de mil tragedias  
las montañas de Montiel."

REY: Don Diego."

DIEGO: ¿Señor?"

REY: Supuesto  
que cantan en esta calle,  
¿no hemos de saber quién es?  
¿Habla por ventura el aire?"

DIEGO: No te desvele, señor,  
oír esta necedades,

porque a vuestro enojo ya  
versos en Sevilla se hacen."

REY: Dos hombres vienen aquí."

DIEGO: Es verdad; no hay que esperarles  
respuesta. Hoy el conocerles  
me importa.

**Saca don GUTIERRE a LUDOVICO,  
tapado el rostro**

GUTIERRE: ¡Qué así me ataje Aparte  
el cielo, que con la muerte  
de este hombre eche otra llave  
al secreto! Ya me es fuerza  
de aquestos dos retirarme;  
que nada me está peor  
que conocerme en tal parte.  
Dejaréle en este puesto.

**Vase don GUTIERRE**

DIEGO: De los dos, señor, que antes  
venían, se volvió el uno  
y el otro se quedó.

REY: A darme  
confusión; que si le veo  
a la poca luz que esparce  
la luna, no tiene forma  
su rostro; confusa imagen  
el bulto mal acabado  
parece de un blanco jaspe.

DIEGO: Téngase su majestad  
que yo llegaré.

REY: Dejadme,  
don Diego. ¿Quién eres, hombre?

LUDOVICO: Dos confusiones son parte,

señor, a no responderos;  
la una, la humildad que trae  
consigo un pobre oficial,  
**Descúbrese**  
para que con reyes hable  
--que ya os conocí en la voz,  
luz que tan notorio os hace--  
la otra, la novedad  
del suceso más notable  
que el vulgo, archivo confuso,  
califica en sus anales.

REY: ¿Qué os ha sucedido?

LUDOVICO: A vos  
lo diré; escuchadme aparte.

REY: Retiraos allí, don Diego.

DIEGO: (Sucesos son admirables  
**Aparte**  
cuantos esta noche veo;  
Dios con bien de ella me saque).

LUDOVICO: No la vi el rostro, mas sólo  
entre repetidos ayes  
escuché: "Inocente muero;  
el cielo no te demande  
mi muerte." Esto dijo, y luego  
expiró; y en este instante,  
el hombre mató la luz,  
y por los pasos que antes  
entré salí. Sintió ruido  
al llegar a aquesta calle,  
y dejóme en ella solo.  
Fáltame ahora de avisarte,  
señor, que saqué bañadas  
las manos en roja sangre,  
y que fui por las paredes  
como que quise arrimarme,  
manchando todas las puertas,  
por si pueden las señales

descubrir la casa.

REY: Bien  
hicisteis. Venid a hablarme  
con lo que hubiereis sabido,  
y tomad este diamante,  
y decid que por las señas  
de él os permitan hablarme  
a cualquier hora que vais.

LUDOVICO: El cielo, señor, os guarde.  
**Vase LUDOVICO**

REY: Vamos don Diego.

DIEGO: ¿Qué es eso?

REY: El suceso más notable  
del mundo.

DIEGO: Triste has quedado.

REY: Forzoso ha sido asombrarme.

DIEGO: Vente a acostar, que ya el día  
entre dorados celajes  
asoma.

REY: No he de poder  
sosegar, hasta que halle  
una casa que deseo.

DIEGO: ¿No miras que ya el sol sale,  
y que podrán conocerte  
de esta suerte?  
**Sale COQUÍN**

#### **Sale COQUÍN**

COQUÍN: Aunque me mates,  
habiéndote conocido,  
o señor, tengo de hablarte.

Escúchame.

REY: Pues Coquín,  
¿de qué los extremos son?

COQUÍN: Ésta es una honrada acción  
de hombre bien nacido, en fin;  
que aunque hombre me consideras  
de burlas, con loco humor,  
llegando a veras, señor,  
soy hombre de muchas veras.  
Oye lo que he de decir,  
pues de veras vengo a hablar;  
que quiero hacerte llorar,  
ya que no puedo reír.  
Gutierre, mal informado  
por aparentes recelos,  
llegó a tener viles celos  
de su honor; y hoy, obligado  
a tal sospecha, que halló  
escribiendo --jerror cruel!--  
para el infante un papel  
a su esposa, que intentó  
con él que no se ausentase,  
porque ella causa no fuese  
de que en Sevilla se viese  
la novedad que causase  
pensar que ella le ausentaba...  
con esta inocencia pues  
--que a mí me consta-- con pies  
cobardes, adonde estaba  
llegó, y el papel tomó,  
y, sus celos declarados,  
despidiendo a los criados,  
todas las puertas cerró,  
solo que quedó con ella.  
Yo, enternecido de ver  
una infelice mujer,  
perseguida de su estrella,  
vengo, señor, a avisarte  
que tu brazo altivo y fuerte  
hoy la libre de la muerte.

REY: ¿Con qué he de poder pagarte



tal piedad?

COQUÍN: Con darme aprisa  
libre, sin más accidentes,  
de la acción contra mis dientes.

REY: No es ahora tiempo de risa.

COQUÍN: ¿Cuándo lo fue?

REY: Y pues el día  
aun no se muestra, lleguemos,  
don Diego. Así, pues, daremos  
color a una industria mía,  
de entrar en casa mejor,  
diciendo que me ha cogido  
el día cerca, y he querido  
disimular el color  
del vestido; y una vez  
allá, el estado veremos  
del suceso; y así haremos  
como rey, supremo juez.

DIEGO: No hubiera industria mejor.

COQUÍN: De su casa lo has tratado  
tan cerca, que ya has llegado;  
que ésta es su casa, señor.

REY: Don Diego, espera.

DIEGO: ¿Qué ves?

REY: ¿No ves sangrienta una mano  
impresa en la puerta?

DIEGO: Es llano.

REY: (Gutierre sin duda es  
**Aparte**  
el cruel que anoche hizo  
una acción tan inclemente.

No sé qué hacer; cuerdamente  
sus agravios satisfizo.  
**Salen doña LEONOR e INÉS criada.**

LEONOR: Salgo a misa antes del día,  
porque ninguno me vea  
en Sevilla, donde crea  
que olvido la pena mía.  
Mas gente hay aquí. ¡Ay Inés!  
El rey, ¡qué hará en esta casa?

INÉS: Tápate en tanto que pasa.

REY: Acción excusada es,  
porque ya estáis conocida.

LEONOR: No fue encubrirme, señor,  
por excusar el honor  
de dar a tus pies la vida.

REY: Esa acción es para mí,  
de recatarme de vos,  
pues sois acreedor, por Dios,  
de mis honras; que yo os di  
palabra, y con gran razón,  
de que he de satisfacer  
vuestro honor; y lo he de hacer  
en la primera ocasión.

**Don GUTIERRE dentro**

GUTIERRE: Hoy me he de desesperar,  
cielo cruel, si no baja  
un rayo de esas esferas  
y en cenizas me desata.

REY: ¿Qué es eso?

DIEGO: Loco furioso  
don Gutierre de su casa

sale.

REY: ¿Dónde vais, Gutierre?

GUTIERRE: A besar, señor, tus plantas;  
y de la mayor desdicha  
de la tragedia más rara,  
escucha la admiración  
que eleva, admira y espanta.  
Mencía, mi amada esposa,  
tan hermosa como casta  
virtuosa como bella  
--dígalo a voces la Fama--  
Mencía, a quien adoré  
con la vida y con el alma,  
anoche a un grave accidente  
vio su perfección postrada,  
por desmentirla divina  
este accidente de humana.  
Un médico, que lo es  
el de mayor nombre y fama,  
y el que en el mundo merece  
inmortales alabanzas,  
la recetó una sangría,  
porque con ella esperaba  
restituir la salud  
a un mal de tanta importancia,  
Sangróse en fin; que yo mismo,  
por estar sola la casa,  
llamé el barbero, no habiendo  
ni criados ni criadas.  
A verla en su cuarto, pues,  
quise entrar esta mañana  
--aquí la lengua enmudece,  
aquí el aliento me falta--  
veo de funesta sangre  
teñida toda la cama,  
toda la ropa cubierta,  
y que en ella, ¡ay Dios!, estaba  
Mencía, que se había muerto  
esta noche desangrada.  
Ya se ve cuán fácilmente  
una venda se desata.  
¿Pero para qué presumo

reducir hoy a palabras  
tan lastimosas desdichas?  
Vuelve a esta parte la cara,  
y verás sangriento el sol,  
verás la luna eclipsada,  
deslucidas las estrellas,  
y las esferas borradas;  
y verás a la hermosura  
más triste y más desdichada,  
que por darme mayor muerte,  
no me ha dejado sin alma.  
**Descubre a doña MENCÍA,  
en una cama, desangrada**

REY: ¡Notable sujeto! (Aquí  
**Aparte**  
la prudencia es de importancia;  
mucho en reportarme haré.  
Tomó notable venganza).  
Cubrid ese horror que asombra,  
ese prodigio que espanta,  
espectáculo que admira,  
símbolo de la desgracia.  
Gutierre, menester es  
consuelo; y porque le haya  
en pérdida que es tan grande  
con otra tanta ganancia,  
dadle la mano a Leonor;  
que es tiempo que satisfaga  
vuestro valor lo que debe,  
y yo cumpla la palabra  
de volver en la ocasión  
por su valor y su fama.

GUTIERRE: Señor, si de tanto fuego  
aún las cenizas se hallan  
calientes, dadme lugar  
para que llore mis ansias.  
¿No queréis que escarmentado  
quede?

- REY: Esto ha de ser, y basta.
- GUTIERRE: Señor, ¿queréis que otra vez,  
no libre de la borrasca,  
vuelva al mar? ¿Con qué disculpa?
- REY: Con que vuestro rey lo manda.
- GUTIERRE: Señor, escuchad aparte  
disculpas.
- REY: Son excusadas.  
¿Cuáles son?
- GUTIERRE: ¿Si vuelvo a verme  
en desdichas tan extrañas,  
que de noche halle embozado  
a vuestro hermano en mi casa?
- REY: No dar crédito a sospechas.
- GUTIERRE: ¿Y si detrás de mi cama  
hallase tal vez, señor,  
de don Enrique la daga?
- REY: Presumir que hay en el mundo  
mil sobornadas criadas,  
y apelar a la cordura.
- GUTIERRE: A veces, señor, no basta.  
¿Si veo rondar después  
de noche y de día mi casa?
- REY: Quejárseme a mí.
- GUTIERRE: ¿Y si cuándo  
llego a quejarme, me aguarda  
mayor desdicha escuchando?
- REY: ¿Qué importa si él desengaña;  
que fue siempre su hermosura  
una constante muralla

de los vientos defendida?

GUTIERRE: ¿Y volviendo a mi casa  
hallo algún papel que pide  
que el infante no se vaya?

REY: Para todo habrá remedio.

GUTIERRE: ¿Posible es que a esto le haya?

REY: Sí, Gutierre.

GUTIERRE: ¿Cuál, señor?

REY: Uno vuestro.

GUTIERRE: ¿Qué es?

REY: Sangralla.

GUTIERRE: ¿Qué decís?

REY: Que hagáis borrar  
las puertas de vuestra casa;  
que hay mano sangrienta en ella.

GUTIERRE: Los que de un oficio tratan,  
ponen, señor, a las puertas  
un escudo de sus armas;  
trato en honor, y así pongo  
mi mano en sangre bañada  
a la puerta; que el honor  
con sangre, señor, se lava.

REY: Dádsela, pues a Leonor,  
que yo sé que su alabanza  
la merece.

GUTIERRE: Sí la doy.  
Mas mira, que va bañada  
en sangre, Leonor.

LEONOR: No importa;  
que no me admira ni espanta.

GUTIERRE: Mira que médico he sido  
de mi honra. No está olvidada  
la ciencia.

LEONOR: Cura con ella  
mi vida, en estando mala.

GUTIERRE: Pues con esa condición  
te la doy. Con esto acaba  
el médico de su honra.  
Perdonan sus muchas faltas.

## FIN DE LA COMEDIA

